

—¿Y estos?

—Son hojas de acanto.

—¿Por qué no les pintas en medio una cruz? Sería quizá una linda combinación.

El joven la dirigió una mirada interrogativa.

—¿No sabes lo que es una cruz?

—No.

—Mira; es así; un dibujo muy sencillo.

—Y diciendo eso, la doncella pintó sobre la tabla el signo de la redención.

—Es sencillo, pero carece de armonía — se atrevió a objetar Eutiques.

—Te parece así a primera vista; pero pronto verás que es el signo de la armonía entre los hombres. Pronto estará en la cúpula de los templos, en la cumbre de los monumentos y en la diadema de los reyes; ¿no es así, Maestro? — exclamó dirigiéndose a Artemio que se acercaba curioso.

—Justo, justo, — dijo éste fingiendo admirar la cruz pintada por Aidee.

—Dice que no tiene armonía, — murmuró Aidee con encantadora entonación de reproche.

—Perdonémosle — observó Artemio — porque sus ojos pecadores no se han abierto a la luz de Cristo, pero el corazón me dice que pronto los abrirá. ¿Dónde vives, hijo mío?

—En la tienda de vinos en la calle de los Pórticos.

—Mañana por la mañana te mostraré, en una visita, el desinterés y la inmensidad de mi cariño — dijo el viejo, y se le ocurrió que allí venía a propósito repetir la siguiente frase que había oído entre los cristianos: "pues Dios no quiere que el malvado perezca, sino que se convierta y viva".

—Yo no soy malvado — replicó Eutiques poniéndose rojo de vergüenza y frunciendo el entrecejo.

—¡Oh! no te ofendas, hijo mío; bien se te conoce en la cara la buena pieza que eres; pero por eso mismo me eres simpático.

—No necesito de tu simpatía ni de tus consejos — dijo el joven siempre amoscado. — ¿Qué te importa mi vida?

—Si me intereso por tu vida es por caridad y por amor de Dios — contestó Artemio fingiendo humildad.

—El maestro no ha querido ofenderte, — dijo Aidee.

—No importa — observó Artemio sonriendo, — son los naturales impetus de la juventud; pero ya seremos amigos.

Comprendiendo Artemio que había cometido una torpeza, pidió humildemente perdón y se despidió.

—¿Vendrás a comer esta tarde? — le preguntó Aidee.

—Mañana o cualquier otro día vendré — contestó el corintio, — estoy invitado a tantas casas de cristianos, que no sé si podré acompañaros siempre; pero haré un esfuerzo; estád preparados para recibirme.

Y diciendo eso se retiró haciendo un amplio gesto con la mano que parecía una bendición.

CAPÍTULO XIII

Cuando Artemio se hubo despedido, se dirigió a la calle del mercado, en busca de hospedaje. Tenía el propósito de visitar a Ascassem, al día siguiente, de modo que disponía de esa noche para tomar vino y recorrer las calles. Hizolo así, deteniéndose ante las estatuas de los dioses y monologando según su costumbre. Como su larga permanencia entre los judíos le hacía dudar de sus propios dioses helénicos, se burló interiormente de los Apolos pensativos, con formas femenidas, que se exhibían en la calle. Luego, al ver el pórtico de un templo de Venus sintió deseos de entrar.

—¡Por las divinas gracias! — exclamó, — aunque ya no soy joven, me gustaría divertirme en estos sitios que inventó el genio griego para cultivar las flores del pecado que adornan la vida. Pero temo que me encuentre aquí un cristiano y me denuncie. ¡Imbéciles! Ellos llaman pecado al placer. Verdaderamente son tontos.

Al hablar así el corinto saludaba a Cipro, Berenice, Agripa y Diomedes, que pasaban en sus literas mezclados con los aristócratas señores, griegos y romanos, que venían del hipódromo. Se dejaban arrastrar lentamente por las cuadrigas sobre carrozas descubiertas, orladas de flores. A su paso dejaban caer, con elegante laxitud, miradas vagas sobre los músicos, los mimicos y los bufones, que lucaban en media calle, diciendo anécdotas, adivinanzas, dísticos y frases de ingenio. Como estaba fatigado y ya era viejo, Artemio cenó y se acostó temprano en una de las fondas agrupadas cerca del muelle.

Levantóse temprano, pues a su edad, aun los más holgazanes duermen poco, y no tuvo paciencia para esperar más tiempo antes de presentarse en casa de Ascassem. Por fortuna, no era éste un hombre de etiqueta; así fué que lo recibió sin disgusto.

—Perdóname por lo temprano de la visita — dijo Artemio después de presentar sus cartas; — he venido temprano para quitarme la duda de si estarías o no en tu casa.

—Has hecho bien — contestó el levita, — tratándose de un enviado de Caifás, no puede importunarme ninguna visita, aunque la reciba a media noche. Como ves, yo tam-

bien estoy aquí de paso. Y puesto que trabajamos para el mismo amo y en el mismo asunto, es mejor que vivamos juntos.

—Como tú quieras.

—¿Qué tal está Caifás?

—Bien.

—¡Que Jehová lo conserve! ¿Qué te parece? Es buena persona, ¿eh?

—Para mí, sí; puesto que me da dinero.

—Justo; eso mismo digo yo; que otros lo tachen de cruel y de falso, ¿qué nos importa a nosotros? Nuestro deber es ser fieles a quien nos da el pan; aunque bien mirado, mi trabajo no es bien recompensado. Figúrate que me paga a un óbolo diario; ni para enjuagarme la boca con vino.

—A mí tampoco me da gran cosa. El hombre no deja de ser bastante avaro.

—Pero eso tiene remedio en nuestra industria; debemos darnos maña para prolongar nuestros servicios y sacarle al asunto todo el jugo posible.

—Cabalmente; esa es mi idea. Me gusta que estemos de acuerdo.

—Hemos de ser buenos compañeros y amigos; porque a los dos nos tiene cuenta — dijo el levita, dándole a su huésped unas palmaditas en el hombro. Levantóse luego para ofrecerle una fusión azucarada de yerbas aromáticas que los judíos tomaban, mezclada con pan, en una ancha vasija en forma de aspa, sirviéndose también de una cuchara de madera. Cuando así se desayunaron el levita se terció sobre el pecho y la espalda el ancho manto hebreo y dijo al levantarse:

—Tengo que ir al mercado por mis provisiones de alimento. Acompañame y hablaremos en el camino.

Obedeció Artemio, y cuando hubieron dado unos pasos, dijo él con tono amistoso:

—Cuenta conmigo para todo, pues vengo dispuesto a ayudarte siguiendo tus instrucciones, tanto por quererlo así Caifás como por mi propio gusto. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Ya te iré enterando día por día. Por ahora lo que conviene es que conozcas bien el asunto. Para eso debes saber lo que son los cristianos, que son los enemigos a quienes debemos vigilar y engañar.

—En cuanto a eso no hay mucho que hablar; porque yo soy cristiano.

—¡Eres cristiano! — exclamó con asombro el ex sacerdote hebreo.

—Fingido, se entiende.

—¡Ah! ¡Magnífico! Lo mismo que yo, — confesó Ascassem con la boca llena de risa.

Y los dos simuladores se contemplaron con la vil simpatía que une a los seres cuando se reconocen con la misma depravación.

Ambos eran astutos, embusteros, hipócritas, desvergonzados, veleidosos y elásticos; llenos de argucias y dobleces, de modo que a no ser por la dureza y orgullo de Ascassem, que era buen judío, se los hubiera creído hermanos.

—Hace dos meses — prosiguió el corinto — asistí a la iglesia de Jerusalem, he oído a Pedro y a Saulo, y trasmito a Caifás todo lo que ellos predicán y disponen. Ultimamente referí al Pontífice el sitio a donde se dirigía Saulo, convenciéndolo de la importancia que tiene ese agitador. Por eso estoy aquí, para que preparemos un golpe contra ese sujeto, ya sea haciéndole capturar por las autoridades o suprimiéndolo de cualquier manera.

—Suprimirlo, no. Eso sería un disparate. Al contrario, debemos desear que viva y que goce de libertad. Ahora es nuestro mejor aliado contra los cristianos.

—No comprendo — dijo Artemio.

—Ya me irás entendiendo. Desde luego, no se puede hacer otra cosa, porque Saulo es ciudadano romano. Capturarlo sin un delito comprobado es imposible, y asesinarlo es aquí peligroso. La autoridad romana no tiene por ahora interés en perseguir a los cristianos, y entre ellos figuran altos funcionarios. Y a propósito, ¿qué te parecen esos sectarios del Galileo?

—Un rebano de fanáticos enamorados todavía del Profeta ajusticiado que fué su Maestro.

—Lo mismo son aquí.

—Ese amor es su fuerza, porque los mantiene unidos. Forman una verdadera familia, cuyo padre es Jesús.

—Pues a pesar de eso yo estoy dividiéndolos aquí, y en eso es, precisamente, en lo que debes ayudarme.

—¿Has conseguido eso? Entonces mereces que te hagan Pontífice.

—Propiamente no es mio todo el mérito. El Cisma se produjo sin mí; pero yo lo he desarrollado y no ceso de soplar sobre él para que se propague el incendio.

—¿Se trata de una división en partidos?

—A eso voy. Hasta ahora sólo es una divergencia de doctrinas. ¿No has oído hablar de los judaizantes?

—Algo de ellos me ha dicho el diácono.

—Pues así nos llaman a los Cismáticos; pero observa cuanta animación hay en el mercado.

En efecto, habían llegado al gran bazar del río, que era una larga hilera de tiendas, al aire libre, bajo las cuales se agrupaban las tabernas, las ventas de hidro-miel y de ratones fritos, los rimeros de pesados quesos, y todo el tráfico de frutas, carnes, vidrios egipcios, telas de Damasco y perfumes

de Palestina. La muchedumbre cosmopolita hormigucaba insultándose en todos los dialectos.

—¿Y qué pretendéis hacer los cismáticos? —preguntó Artemio. — ¿Queréis hacer judíos a los cristianos?

—No tanto — contestó el levita, — pero llegaremos a eso más tarde; por ahora sólo queremos unir la ley de Moisés a la del Profeta.

—No entiendo nada de esas disputas y jeringonzas religiosas — contestó Artemio, mirando con ansiedad una fresca granada de un escaparate; — yo soy un ignorante; pero me parece que eso es imposible, pues si no me engaño, la ley de Moisés es la que mató a Jesús.

—Y piensas bien. Pero no podemos hacer más por ahora. Jesús Nazareno fascinó tanto a los cristianos que puestos a elegir entre él y las Escrituras son capaces de rechazar las Escrituras. Por el momento debemos contentarnos con orientar sus ideas hacia los antiguos ritos y tradiciones judías. Más tarde eliminaremos a Jesús, cuando su recuerdo se haya oscurecido.

—¿Y consentirán los apóstoles? Es de temer que descubran el juego.

—Consentirán con tal que trabajemos con habilidad y energía; porque todos ellos son judíos y tienen el orgullo de nuestra raza. Lo que pedimos por ahora a los judíos es que los gentiles, al entrar al cristianismo, no pasen por encima de la ley.

—¿Y cómo vais a evitarlo?

—Haciendo que se hagan judíos antes de ser cristianos, esto es, recibiendo la Circuncisión antes que el bautismo.

—¡Por Júpiter, digo por Abraham!, que la sabes enredar bien; no sé cómo componérmelas para ayudarte en esos enredos.

—Se ve que has leído poco las Escrituras; yo las conozco mejor, porque he sido antes levita.

—¿Cómo! ¿Ibas a ser sacerdote judío?

—Sí.

—¿Y te pasaste al cristianismo?

—Eso hice.

—¿Sinceramente?

—Con toda sinceridad.

—¿Qué estupidez! ¡Dejar la casa de los sacerdotes ricos por seguir a unos cuantos ignorantes fieles a un agitador crucificado!

—Fué un desatino; lo reconozco, y pronto me arrepentí.

—Sin duda te dejaste suggestionar por la elocuencia del Nazareno.

—¿Qué! Nada de eso. No fué por él, a quien nunca oí, sino por el entusiasmo que produjeron los primeros discursos de Pedro. Tantos se convertían oyéndolo, que creí que se extinguía la Sinagoga y todo el sacerdo-

cio judío. Nos vimos sin empleo y quisimos conservarlo entrando en la nueva iglesia de los cristianos. Al fin una variante del mismo oficio.

—Y, naturalmente, pronto os desengañaríais.

—Sí; la situación que encontramos entre los cristianos fué muy distinta de la que esperábamos. Allí no teníamos los sacerdotes privilegios ni regalos. Trabajo, penitencia y miseria fué lo único que encontramos.

—En cambio, dicen que los cristianos se aman entre sí.

—Ah, eso sí. Ellos se aman y son buenos, no se puede negar.

—¿Cómo, entonces, los combates?

—¿Y qué quieres? El picaro estómago, la infame necesidad de ganar dinero para vivir. Lo único que me disgusta de ellos es que son ignorantes.

—Cierto; son puros pescadores, gente ilusa y entrometida, incapaz de entender las sutilezas de la ley y la belleza de los ritos judíos. Pero, ¿por qué no se volvieron ustedes a la Sinagoga? Los hubieran aceptado, sin duda.

—Por mi parte, yo habría vuelto; pero mis compañeros, los levitas convertidos, creen en la Divinidad de Jesús. Para regresar yo solo al sacerdocio judío tuve alguna vergüenza. Sin embargo, di algunos pasos, y consulté a Caifás. El me aconsejó, que no lo hiciera, que mejor servía al sacerdocio fingiendo ser partidario de los cristianos y quedándome entre ellos.

—Supongo — dijo Artemio a su compañero — que Caifás te ofreció alguna recompensa por tu vuelta al judaísmo, y por servir a la Sinagoga fingiéndote cristiano.

—Claro está. ¿Acaso me chupo el dedo? Me ofreció un buen sueldo. Fué así como venció mis escrúpulos.

—¿Escrúpulos de qué?

—De traicionar a los cristianos.

—Pues ¿acaso crees que predicán la verdad?

—Hombre... ni creo, ni dejo de creer; veo muchos milagros entre ellos.

—¡Famplinas!

—Sí, ya lo sé, y también pueden ser milagros de Belcebú, que también los hace.

—Pues claro está; y aunque no fuera así, estamos en la duda, y en tal caso lo racional es estar con quien mejor nos paga.

—Bien pensado. A la obra, pues; esta tarde iniciarás tus funciones.

—Así es que yo debo atizar el fuego de la discordia, defendiendo la ley contra los cristianos, ¿no es eso?

—No; ese papel me toca a mí; tú debes hacer lo contrario; tú serás partidario de Saulo.

—Dime, pues, con claridad lo que él pretende — suplicó Artemio.

—El quiere suprimir la ley de Moisés, quitar las tradiciones que todos los judíos aunque sean cristianos estiman mucho, porque fueron dictadas por Dios a Moisés. Pero esas tradiciones estorban a los gentiles, los cuales, sin ellas, aceptarán más fácilmente el Evangelio. ¿Te das cuenta?

—Me voy dando.

—Por eso Saulo quiere que se supriman, especialmente aquí en Antioquía, donde la propaganda cristiana se hace entre los gentiles.

—Esa táctica me parece que perjudica a los judíos.

—Claro está; porque con ella se engrandecen las filas de los cristianos y se facilita la conversión de los paganos.

—Entonces no debiera yo sostenerla.

—Tú la sostendrás débilmente, solamente lo necesario para que te crean partidario de ella; pero tu tarea consiste en elogiar a Saulo, en ponderar su superioridad sobre Pedro, en crear en torno suyo una atmósfera de elogios que le envalentone y envanezca.

—Ya te entiendo, y yo me pinto solo para eso de adular; tengo bien ejercitado el oficio con el vanidoso Caifás.

—Pues dale aquí, dale de firme, hasta que a Saulo se le suban los humos a la cabeza y se declare jefe independiente de los cristianos de Antioquía.

—¿Crees que llegará a romper todo vínculo con la iglesia de Jerusalem?

—Segurísimo. ¿No ves qué popularidad tiene?

—Mucha, y eso es lo que nos conviene. Ella nos servirá para debilitar al cristianismo. Así, pues, procura tú adularlo al mismo tiempo que desacreditas a Pedro, a fin de que los partidarios de Saulo te imiten. Cuando tenga un gran partido apasionado por él, yo lo acusaré en Jerusalem. Diré a los apóstoles que Saulo tiene pretensiones dominadoras, hablaré de su liberalismo, de su desprecio a Moisés, de su preferencia a los gentiles. Entonces será expulsado del seno de los cristianos y una gran parte lo seguirá. ¿Comprendes el plan?

—Perfectamente.

Los dos traidores y espías se separaron.

CAPITULO XIV

Desde que Hioroteo vió el semblante de Aidee había sufrido una metamorfosis súbita en su carácter. Ya no tenía curiosidad científica, ni pasión por el estudio, ni afición a las meditaciones filosóficas. No era hastio, como otras veces, lo que sentía, sino una disipación de espíritu que lo dis-

traía de todo estudio; porque en su cerebro, perpetuamente se había anclado la imagen de Aidee. Hasta entonces, absorto por su insaciable apetito de saber, había vivido siempre alejado de las mujeres y hasta las consideraba como un pasatiempo frívolo indigno de un filósofo. Pero ahora por primera vez reflexionaba que una mujer como Aidee es una cosa hermosa y complicada, digna de estudio. Su antiguo criado Eutiques, lo había visitado varias veces, dándole prolijos detalles de la vida íntima de la doncella. A pesar de la recomendación de su criado, y a causa de la ausencia de Rubrio, Hioroteo no había logrado aun entrar a la casa de Aidee, para admirar de cerca sus perfumes. Después de intentar varias veces recoger el espíritu para estudiar, arrojó al suelo los pergaminos y abrió la ventana de su cuarto, y le vino entonces un deseo súbito de lanzarse al tumulto callejero. “Quizá la vuelva a ver — se dijo, levantándose. — Es posible que esté en la calle o que vaya al circo”. Pensando eso se dirigió al dormitorio de Diomedes que vivía en la misma casa. El elegante sirio salió entonces con Hioroteo dirigiéndose al circo. Allí se fastidió el filósofo sin lograr encontrar el semblante de la joven hebrea.

Al salir del circo le dijo Hioroteo a su compañero:

—Llévame a alguna parte, no tengo sueño esta noche.

—¿Dónde quieres que te lleve a estas horas? Como no sea al garito.

—Llévame.

—Te advierto que es pura chusma.

—No importa. Estudiaré a esa chusma. Para el filósofo no hay nada despreciable.

—Vamos, pues.

Y así habían entrado en aquel antro de vicios.

Al mismo tiempo que el filósofo y Diomedes salían de su palacio, dejaba también Agripa su morada y se internaba, en compañía de Efraim, por las callejuelas del pobrerío. Ardía en deseos de jugar a los dados.

Efraim, que estaba encargado por Ben-Gioras de mantener encendido el recuerdo de éste en la mente de Agripa, no cesaba de encomiarle las cualidades del aventurero. Por eso, al descender de la plaza del circo, según su costumbre, insinuó la conversación, diciendo:

—¡Qué sitios estos! ¡Qué de recuerdos me evocan! Aquí he trabajado con Ben-Gioras.

—¡Mira! — exclamó el príncipe embobándose en su capa. — ¡Cuánta gente sale del circo!

Y se paró en silencio a contemplar el hermoso anfiteatro rodeado de prodigiosas palmeras, bajo cuya sombra se levantaban los toldos de los vendedores de frutas. Un grupo de elegantes salía comentando alegremente los incidentes de los juegos o de la representación bufa. Confundidos con ellos salían también los marineros medio desnudos, los soldados romanos con su casco y sus brazaletes de hierro, los eunucos y etebos, hábilmente empolvados, los sacerdotes sirios con sus blanquísimas túnicas y alguna que otra cortesana griega con sus velos transparentes y sus ojos entornados.

—¿Con que aquí has trabajado con Ben-Gioras? — preguntó el príncipe continuando su camino.

—Sí; y qué bien lo hacía, por cierto — dijo el adolescente. — Por eso le tenían envidia los otros danzantes que no recibían aplausos como él. Y sin embargo, a él le entristecían esos aplausos.

Luego dijo Agripa:

—¡Extraño carácter! El mismo emperador romano, aunque es un tanto idiota, no desdena los aplausos del circo.

—Pues Ben-Gioras sí; su inmenso orgullo le hacía despreciar las ovaciones de la chusma y sentía vergüenza de ser acróbata, mientras que yo...

—Tú, en cambio, estarías satisfecho porque te veían hacer piruetas — dijo el príncipe, internándose en una vetusta callejuela de los barrios pobres, cuya suciedad era disimulada por el follaje espléndido de las higueras y los álamos.

—¡Ojalá hubiera yo podido hacer siquiera eso! — dijo Efraim; — pero yo sólo servía para ayudar en los simulacros militares y recoger el dinero en la ventanilla.

—¿Y cómo llegó Ben-Gioras al circo?

—Lo vendió un judío a los empresarios. ¡Ah, yo lo vi vender! Cuando lo desnudaron y vieron la salud y perfección de su cuerpo ofrecieron cien óbolos por él, mientras el pobre niño, inquieto y asustado, miraba con recelo a los que disputaban el precio de su persona.

—¡Pobre Ben-Gioras! — exclamó el príncipe. — Ha debido sufrir mucho.

—Sí; y es por eso que desprecia a todo el mundo, menos a vos, a Quema y a mí.

—¿Quién es Quema?

—Es un tipo muy original, un negrito débil y apacible que Ben-Gioras encontró en Antioquia y que nos ha acompañado en nuestras correrías. El y yo formamos la familia única de Ben-Gioras.

Al hablar así, era sincero Efraim, pues él sentía un afecto fraternal por el bandido, lo cual era efecto del poder hipnótico de ese aventurero.

Los dos hebreos se internaron por el largo y oscuro pasadizo de una inmensa casa de placer, compuesta de garito, taberna y lupanar. Los tres pecados de la Gula, la Avaricia y la Impureza recibían allí un culto perenne fomentado por los dioses que depravaban los instintos hasta las más monstruosas extravagancias. Allí se reunían la prostitución de las niñas impúberes, los banquetes de siete horas, en que los comensales se provocaban vómitos frecuentes para descargar el estómago y seguir engullendo, y las luchas de esclavos, que se estrangulaban sin lograr distraer a aquellos señores hastiados y tristes, por sus excésos. Su sensualidad embotada por el vicio buscaba en vano excitantes en espectáculos bestiales y repugnantes, en substancias afrodisíacas y en imprecaciones y cultos a los dioses impuros.

Los dos hebreos penetraron en el garito, lleno de tahures, toneles de vino y pellejos de aceite.

—¿Y dónde conociste a tu famoso Quema? — preguntó el príncipe sentándose en un banco apartado.

—En Alejandría — contestó el joven. — El nos visitaba en el circo y nos ayudó a fugarlos.

—¿Y de qué vivieron, entonces?

—Hacíamos de todo. Cargábamos fardos en los puertos, descargábamos carros en los mercados, alzábamos las literas de los señores.

—¡Qué hermosa vida de vagabundos! — exclamó Agripa haciendo seña a un vendedor de vinos que se paseaba con su ánfora y su bandeja de copas. Luego se hizo servir unos riñones de toro fritos allí mismo. El príncipe, que se complacía en olvidar así la dignidad de su alcurnia, se echó de codos sobre la mesa, y dijo:

—¿Y pensar que un vagabundo como yo va a ser rey! Por Polux que me gustaría. Se le ha metido entre ceja y ceja a Ben-Gioras que yo sea rey, y se saldrá con la suya. ¿Eh?... ¿Qué te parece, Efraim, llegar a serlo?

—Si le obedeces a Ben-Gioras no lo dudo — contestó el adolescente; — él tiene mucha astucia.

Agripa dió un golpe sobre la mesa y apurando una copa de vino dijo:

Pasado mañana aparecerá la tercera parte

AMOR SUBLIME

por

LUIS BARRANTES MOLINA

TERCERA PARTE

—Bueno, pues como todo eso me aburre, ¿sabes? Eso es. Me impide que me embriague y que juegue, para no perder esa maldita corona que nunca llega. ¡Váyase al diablo! ¡Me cuesta demasiado!

Efraim, que conocía a los dos aventureros hebreos, no se sorprendió de esa confesión del príncipe, pues había observado el contraste de sus caracteres a pesar de la semejanza de sus rostros.

Mientras que Ben-Gioras era activo, tenaz, ardiente, emprendedor, audaz y resuelto hasta la temeridad, Agripa tenía un alma apática, indolente, superficial, voluble y velicidosa. Verdad es que era inteligente, calculador y disimulado como descendiente de Herodes y primo de la intrigante Agripina.

—¡Qué! ¿Serías capaz de perder la corona por no renunciar unos días al vino y al juego? — preguntó Efraim.

—Si son muchos sí, preferiría perderla.

Ante tal declaración, Efraim creyó haberse equivocado antes al suponer que Agripa y Ben-Gioras eran hermanos. Le tocó el brazo con familiaridad y le dijo:

—Recuerda que tienes sangre de Herodes el Grande, y que tu vida actual es humillante.

—¿Por qué humillante?

—Por que no tienes dinero para vivir según tu rango.

—Es muy cierto — dijo Agripa vaciando otro nuevo y espumante vaso de vino que le presentó el propietario.

—Cada día te desacreditas más por tus deudas — continuó diciendo Efraim; — llegará el momento en que no puedas vivir ni en Roma, ni en Antioquía, ni en Jerusalem.

—¡Hablas como un profeta, muchacho!

—La única manera de detenerte en ese

declive fatal es adquirir el trono de Israel. ¿No te parece?

—Claro que sí. Es lo que he intentado siempre. Ese ha sido mi sueño desde que tengo quince años.

—Verdad es que eres un poco perezoso y tímido para ser un gran monarca de la talla de David o de Salomón.

—Tienes razón. No sería yo tan idiota que aceptara el trono para mortificarme como ellos; pero si no soy belicoso ni organizador, en cambio soy hábil para la intriga; estoy seguro de que sería un buen rey porque gobernaría con el Sanedrín. Los Césares romanos no son superiores a mí.

—En una palabra: tú deseas ser rey para pasar buena vida.

—Exactamente.

—Y por cierto que serías un rey tolerante y festivo. Pasarías las noches en elegantes crápulas con tus amigos, y los días dormirías bajo velos de púrpura sobre el lago del Tiberiades.

—¡Oh! calla. ¡No excites así mis deseos; pero ahora otra copa por el futuro rey de Palestina, por Herodes Agripa!

—Todos los sábados — continuó Efraim — irías a respirar perfumes presidiendo las fiestas del templo, y en el verano te seguiríamos con cítaras a las frescas sombras de Getsemani.

—¡Oh! no avives mi sueño. ¡Qué felices seríamos, de veras, si yo fuera rey! Pasaríamos el tiempo entre los encantos del templo y los de la orgía. Pero eso es tal vez imposible.

—No hay nada imposible para el que desea fuertemente alguna cosa. Tú mismo has dicho que los Césares de Roma no son superiores a ti.

“Los Oberlé” o “El Último Sacrificio”

por RENE BAZIN

Está hermosa obra publicará “La Novela del Día” los días:

21, 22, 24, 25 y 27 de Abril

—Sí, pero para que tus sueños sean realidad yo necesitaría mucho dinero.

—Lo sé — dijo Efraim, apurando su vaso, y preguntó:

—¿Tú crees que el César te daría el trono si le untaras la mano con mucho oro?

—Hasta me lo daría sin untársela, porque es muy amigo mío; pero el oro es necesario para comprar los votos del Senado.

—¿Les has hablado a los padres conscriptos?

—Sí, todos están dispuestos a vender su voto; pero ¿cómo estás tú enterado de estas cosas?

—He hablado de ellas con Ben-Gioras.

—Bueno, pues, si es así déjame beber, será la última noche para celebrar mi entronizamiento.

—Bebe, pues — dijo Efraim, que esa noche estaba extrañamente condescendiente. Generalmente apartaba al príncipe de los garitos y de las tabernas, hablándole de la corona en ciernes, para lo cual estaba hábilmente aleccionado por Ben-Gioras; pero esa noche lo dejaba embriagarse. Así fué que a los pocos momentos el príncipe había vaciado las ánforas varias veces y pronto tenía los ojos brillantes y las mejillas cárdenas.

Esa costumbre de embriagarse la adquirió en Roma, en compañía del hijo del César.

De ahí le venía una indolencia y laxitud, una especie de ataxia del alma que lo dejaban sin deseo de vivir. De ese marasmo sólo lo sacaba Ben-Gioras que lo hipnotizaba con su poderosa y turbulenta vitalidad sugiriéndole deseos de reinar, mas como él estaba ausente, combatía su displicencia mezclándose entre la chusma siria, de lo cual, sin embargo, se avergonzaba al recordar que su abuelo, Herodes el Grande, era allí muy honrado en las estatuas por haber enriquecido a Antioquía con grandes monumentos. Pensó en eso un momento, y luego se levantó resuelto, dirigiéndose a la mesa de los jugadores.

—¿Vais a jugar? — le preguntó Efraim.

—Sí, ten cuidado de que no me engañen.

El príncipe, algo mareado, pero sin perder el sentido, se acercó a la mesa de los dados, rodeada de tahures, cuyos alientos se mezclaban con el humo de la antorcha, produciendo una niebla cálida y nauseabunda. Algunos dormían tendidos en el suelo exhalando el ronquido lúgubre y siniestro de los borrachos. Los jugadores amontonados unos sobre otros seguían con ávidos ojos el movimiento de los dados. Entre los tahures, Agripa vió a Hioroteo y Diomedes, que habían entrado pocos minutos antes que él, y también a Ascassem, el levita cómplice de

Artemio que servía a Caifás, y a quien el príncipe no conocía. El filósofo que hacía poco tiempo había sido presentado a Agripa por su amigo. Diomedes no pudo contener una exclamación al encontrar al nieto de Herodes en aquel abyecto sitio.

—¡Vos aquí, príncipe! — exclamó avergonzándose de que lo encontraran allí.

—¿Eso os sorprende? — contestó tranquilamente el magnate hebreo. — Ahora veréis cómo sé manejar los dados.

En efecto, a pesar de su ebriedad, Agripa hacía diestras jugadas. A los pocos minutos estaban fuera de combate Diomedes y un sacerdote sirio. Ascassem comenzó a perder y entonces quiso retirarse con su bolsa de óbolos.

—¡Alto ahí! — le dijo el príncipe. — No os podéis retirar hasta que estéis desplumado.

—Yo hago lo que me da la gana.

—¿Qué es eso? — preguntó Diomedes. — ¿Ignoráis las leyes del juego?

Ascassem por toda respuesta hizo ademán de retirarse.

—No os mováis — dijo Agripa con tono amenazador.

—Déjalo, Agripa. — dijo Efraim, tomando a su amo del brazo.

Al oír ese nombre Ascassem que hasta entonces no se había fijado en el príncipe, absorbido por el juego, clavó su mirada en el personaje hebreo y mentalmente se dijo:

—¡Agripa!, ¡Diablo! No me había dado cuenta. Ahora veo que tiene el tipo de la familia de Herodes, y las dos tablas de la ley esculpidas en un anillo. Herodes-Agripa. Me conviene su amistad.

Luego, sentándose y alzando la voz, dijo:

—Lo decía por pura broma. Ea; sigamos el juego.

—¿Apostáis toda la bolsa? — preguntó Agripa.

—Toda, — dijo Ascassem poniendo su oro sobre la mesa.

—¡Evoe! — gritó Diomedes al ver al príncipe recoger la bolsa.

—Ahora ya puedo irme — dijo Ascassem con semblante alegre.

—Vámonos entonces — dijo Hioroteo — esta atmósfera está irrespirable.

—Vámonos, pues — repitió el príncipe; pero al levantarse lo contuvo la fascinación del vino, y agregó:

—Refresquemos antes el gaznate.

—Bien dicho — aprobó el vendedor de vinos y se tomó un largo trago entornando los ojos y haciendo chasquear la lengua, fingiendo así un indecible deleite para sugestionar al público a consumir sus toneles.

—No, no; has tomado demasiado — advirtió Hioroteo.

—Déjalo — dijo Efraim, — yo lo acompaño y tiene buena cabeza.

—Quiero que tome también el arruinado — balbuceó Agripa dirigiéndose al levita Ascassem y a la vez saludándolo con una exagerada cortesía que casi le hace caer de cabeza.

—Acepto, pero me daréis desquite otra vez,—contestó complacido el sacerdote.

—Cuando queráis — murmuró el príncipe.

Varias veces quedaron vacíos los vasos en medio de la algarabía general. Luego Hioroteo los indujo a salir de aquel recinto. Cuando llegaron a la calle hallaron las callejuelas sombrías, pero a pesar de eso, se dirigieron a sus casas por los barrios más apartados, a instancia de Hioroteo que tenía vergüenza de ser reconocido por algún transeunte. Así caminaron sosteniéndose mutuamente con el vaivén peculiar de los borrachos enredándose en sus togas y sus mantos, dirigiéndose apóstrofes y burlándose de las largas barbas de Ascassem quien se sentía orgulloso y complacido de andar en tal compañía. En eso oyeron un rumor vago, misterioso y triste, como de llantos y chillidos. Todos se detuvieron y quedaron inmóviles, con los pelos de punta, sudando de miedo. Los dioses malignos, los demonios del dogma judío, los resucitados, las furias del averno pagano, todas las supersticiones se les vinieron a la mente, haciéndoles temblar de pavor. Efraim, que era el menos tímido, dijo en voz baja.

—Acaso sean ladrones.

Entonces recordaron que los bandidos solían dar asaltos nocturnos, por lo que desenvainaron sus dagas y avanzaron cautelosamente, tapándose la nariz porque se respiraba un aire fétido. De pronto oyeron carcajadas y cantos obscenos mezclados con alaridos. Entonces apareció ante su vista un cuadro singular. A la pálida luz de una antorcha resinosa se movían bultos siniestros vestidos de harapos que alzaban del suelo algo terrible que se agitaba y gemía.

—No es nada, — dijo Diomedes, — son buscadores de expósitos.

Todos soltaron una carcajada y sintieron alejarse el miedo.

En efecto, eran niños recién nacidos, arrojados allí por sus padres para que los recogieran los mendigos, los mágicos, los proveedores de lupanares, o los dueños de circo. No se arrojaba allí a los niños deformes, indignos de la vida que se entrega-

ban a los dientes de los perros o se despedazaban, sino a las criaturas bien conformadas, cuyos padres se deshacían de ellos en virtud del derecho que tenían para permitirles vivir o para dejarlos morir abandonados. Apenas nacía un niño, el esclavo o su madre lo presentaba a su progenitor, quien calculaba friamente si sus rentas alcanzaban para darle una costosa educación, y si las consideraba escasas exponía su hijo a las puertas de los templos o en los muladares públicos. Sólo con el cristianismo nació en aquellos pueblos la piedad paternal a la vez que se hizo más generoso y apasionado el amor de las madres. Pero aquella exposición de niños era útil para muchas industrias de recreo. De allí salían las criaturas artísticamente mutiladas con que se explotaba la caridad pública o se divertía a los espectadores del teatro; de allí se sacaba las víctimas para inmolarlas a los dioses de Egipto, y de allí se tomaba la materia prima para formar gladiadores, acróbatas y meretrices. Algunos párvulos pateaban, alzaban el puño crispado al sentirse zarandeados.

—¡Cómo chillan estos malditos! — exclamó Agripa tapándose los oídos, — pero ¡mirad qué hermosa mendiga.

Y a la luz trémula de una antorcha vieja una doncella cuyo manto no lograba ocultar la delicada belleza de su nariz y de sus ojos azules, únicas partes del rostro que dejaba descubiertas. Había alzado dos niños sobre su pecho y los acariciaba con extrañas muestras de maternal afecto.

—¡Es ella! — exclamó Hioroteo reconociendo a la linda hebrea que había visto en la conferencia de Saulo. La belleza de Aidee contrastaba con los semblantes estúpidos y bestiales de aquellos mendigos siniestros y terribles que se alimentaban de parásitos.

—¿Pero qué hace aquí ella entre esta chusma? — se preguntó Hioroteo. — ¡Qué lástima! Ella tan bella, entre mendigos, ladrones y mercaderes de niños. Apenas puedo creer a mis ojos. ¿Será, pues, cierto, que los cristianos degüellan a los niños? ¡Pero no; no es posible que ella surta de párvulos a los lupanares!

Mientras que Hioroteo hacía este monólogo, Agripa había brutalmente abrasado a la doncella con los ojos encendidos y gritaba con la voz tartajosa de los ebrios:

—Ayudadme, muchachos, a llevar este tesoro, esta paloma. Ven, Efraim, que se me escapa. Quiero que sea mi esclava.

—¡Bravo! Un rapto — gritó Diomedes, a quien la ebriedad le impedía reconocer a

la joven que antes había admirado junto con Hioroteo.

—Eso no — dijo el filósofo con inusitada altivez, acercándose y tratando de libertar a la doncella.

—¿Eh? ¿Qué dices? — preguntó el príncipe sorprendido pero sin soltar su presa.

—Que sueltas a esa joven, te digo.

—¿A mí me lo prohibes? — exclamó Agripa colérico y asombrado de que lo contradijeran — ¿olvidas quién soy?

—No lo olvido — advirtió tranquilamente el filósofo, — pero te repito que la dejes.

—Calmáos — suplicó el tímido Diomedes, procurando apaciguar los ánimos.

—Pues no la suelto — gritó el príncipe, — a mí nadie me da órdenes y menos un griego.

Y diciendo eso avanzó sin soltar a Aidee. Hioroteo se lanzó tras de él y aunque no era un atleta abrió los brazos de Agripa obligándolo a soltar su presa, que cayó desmayada a sus pies. Efraim, acudió en defensa de su amo, desnudó su daga e hirió ligeramente a Hioroteo. El espectáculo de la sangre hizo huir a Diomedes; pero Eutiques, que había ido acompañando a Aidee, salió de entre las sombras y al ver en peligro a Hioroteo, que era su antiguo amo, asaltado por Efraim, envolvió a éste en su capa.

—¡Tú aquí! — exclamó el filósofo.

—Huid, señor, — gritó Eutiques, — estáis herido.

—Antes hemos de salvar a Aidee — contestó Hioroteo y se dirigió en busca de Agripa, tratando de arrebatarle la joven, que aquél había vuelto a levantar. Los dos amigos se trabaron en lucha, unidos los músculos y mezclados los alientos, hasta que oyeron a Eutiques que gritaba:

—¡La policía!

Al mismo tiempo vibró el clarín de cuerno de los soldados. Era que cinco de esos funcionarios de policía llegaban corriendo con sus largas lanzas de guerra y el hacha de bronce, insignia de su autoridad. Ascascen los había llamado, mientras sus compañeros luchaban. Al verlos aproximarse huyó despavorida la chusma buscadora de expositos que había formado rueda en torno de los combatientes borrachos y que los aplaudía entusiasmada. Hioroteo huyó también, llevando en sus brazos a Aidee, auxiliado por Eutiques. Solamente Agripa quedó aturrido en el suelo y Efraim, que aun no lograba desembozarse de la capa en que lo envolvió Eutiques.

—Nos han asaltado — dijo el príncipe al comisario.

—¿Quiénes sois? — preguntó el funcionario.

—No digas tu nombre — murmuró Efraim en el oído de Agripa.

—No quiero decirlo; soy un asaltado y basta — dijo Agripa.

—Vamos a la cárcel — ordenó el militar enjugándose el sudor.

—¿Qué decís? — tartamudeó el nieto de Herodes. — ¿Yo a la cárcel? ¡Bárbaro! ¿Sabes quién soy? Soy todo un...

—Calla — dijo Efraim tapándole los labios.

—Entregad todo lo que traéis — mandó el funcionario.

—Este dinero es mío — protestó Agripa.

—Calla por Jehová — suplicó Efraim. — Obedece en silencio, todo se arreglará después. Evitemos el escándalo.

Agripa se había vuelto de improviso muy dócil; porque confusamente advertía su propia ebriedad y la conveniencia de obedecer a Efraim. Así fué que entregó lánguidamente la bolsa y se dejó conducir con su criado. Aunque el príncipe había sido llevado otras veces a las cárceles de Roma, por escándalos semejantes, en compañía del hijo del César y de otros patricios, esta vez iba muy inquieto, a pesar de su borrachera, porque temía que aquel percance llegara a ser conocido del Sanedrín y fuera motivo para que le rehusaran la corona que Ben-Gioras estaba gestionando. Felizmente, apenas llegó, sin llamar la atención, a la cárcel común de los borrachos y ladrones, fué invadido por el sueño. Efraim, completamente sereno, como habituado a semejantes lances, se quedó despierto cuidando de mantener cubierta la pálida y sudorosa faz del príncipe. Al amanecer, con las primeras luces del alba, mientras que los demás detenidos dormían, el joven hebreo despertó a su amo. Este todavía amodorrado, miró con sorpresa a aquel sórdido recinto donde se amontonaba toda la escoria humana, y malviviente de Antioquía. A su lado, tendidas en el suelo, roncaban las cortesanas con el pálido semblante bañado en sudor, gruñían, dormidos, los borrachos torturados por las moscas, y velaban alerta los rateros buscando algo que robar aun entre aquellos harapos.

—¡Uff! ¡Cómo apesta esta pocilga! — exclamó el príncipe dándose cuenta del lugar, mientras se tapaba las narices, a donde llegaban las miasmas humanas, el vaho del vino agrio y el hedor acre de los mingitorios.

—Por Belcebú — volvió a decir — ¡cómo me duele la cabeza!

—¡Chist! — le ordenó Efraim haciéndole señas de que se callara. — Hablad en voz baja.

—¡Qué estupidez! — murmuró el príncipe, llenándose de inquietud, de cólera y de vergüenza. — ¡Por qué me dejaste emborrachar, imbécil! Figúrate si lo sabe el Sanedrín.

—Procuraremos salir sin que nadie lo sepa — contestó serenamente el adolescente.

—¿Crees poder escapar de aquí?

—Veremos. No es difícil burlar la vigilancia de los guardias untándoles la mano con dinero.

—Salir es muy fácil; basta con que yo diga quien soy.

—Eso no; ni lo pienses. Perderías la corona de Israel. Felizmente anoche ocultaste tu ilustre nombre al comisario.

—¡Maldición! Nos hemos metido en un callejón sin salida.

—Tranquilízate; no te apures. Lo más probable es que por la tarde nos echen a la calle sin preguntarnos el nombre; pues en esta cárcel común sólo traen a los borrachos.

—Con tal que no me denuncie Hioroteo por haberlo herido. ¡Maldito filósofo! ¿Qué tenía él que ver con una pobre muchacha?

—¡Ah! Eso sería lo peor; pero como está recién llegado, es posible que se esté callado. Lo que conviene ahora es que estemos prevenidos. Yo puedo escaparme de aquí más fácilmente que tú. Probablemente me dejarán salir primero; porque soy muchacho, y aunque no lo hagan, fácilmente me captaré las simpatías del guardián. Me ofreceré para limpiar este estercolero y así podré llevar alguna carta tuya a Cipro, o hacerla enviar con alguno.

—¡Una carta! Vamos, tú estás loco. ¿Y de dónde tomamos ahora pergamino y estilo para escribirla?

—Yo traigo.

—¡Cómo! ¿tan prevenido eres?

—Te he dicho que estoy habituado a estos lances. Ben-Gioras me enseñó a andar siempre con un veneno, un puñal, un diamante, una cuerda y recado de escribir. Míralo.

Y en efecto, mostró todos esos objetos encerrados en una bolsita.

—¡Eres un valiente mozo! — exclamó el príncipe admirado, pues él era improvisor e indolente hasta el abandono.

—Escribe, pues, a tu esposa, pidiéndole auxilio, pero sin decirle quién eres, — ordenó Efraim.

—No sé cómo puedo escribir eso, estando tan lleno de congoja.

—Toma tú el estilo y escribe — dijo el joven; — yo te dictaré. No pongas dirección, porque conviene que no sepa la policía a quién va dirigida esta epístola. Lo principal es recomendar al portador para que Cipro le dé confianza a sus palabras. Así, pues, escribe: “Salud. Escucha y atiende al portador de ésta, que es un íntimo amigo; puedes creerle en todo lo que te diga; se trata de no dejar escapar la corona de Israel, lo cual también te interesa a ti; dale, pues, al portador, todo lo que pida y procede con gran sigilo, siguiendo en todo sus instrucciones. Que Jehová te ampare. — *Herodes-Agripa*”.

El príncipe escribió y firmó la carta en un pergamino.

Dos horas después Agripa y su criado fueron llamados para ser puestos en libertad gracias a la actividad de Hioroteo, sin que la carta hubiera sido llevada a su destino.

CAPITULO XV

Veamos ahora cuál fué el paradero de Aídee en aquella nocturna aventura.

Luego que Hioroteo arrancó valerosamente a la doncella de los brazos de Agripa, huyó con su preciosa carga desmayada sobre sus hombros. Eutiques, que lo seguía en silencio, le ayudó a depositar la doncella en el propio lecho del filósofo, cuando llegaron a la morada de éste en el palacio de Diomedes. Como Aídee no salía de su desmayo, le empaparon en agua las sienes y se sentaron cerca de ella esperando pacientemente que volviera en sí. A los pocos minutos se durmió Eutiques, vencido por la fatiga, y el sabio ateniense quedó sumergido en la sombra contemplando aquella forma blanca que yacía en su lecho, con los cabellos separados en bandas, las manos cruzadas, la boca triste, como la tienen los muertos. Mientras él la contemplaba inmóvil, la doncella, silenciosamente, recobró el sentido. Al encontrarse en aquella pieza desordenada, llena de papiros y de rollos de pergamino, quedó desorientada, sin poder explicarse lo que le había ocurrido; pero segura de que no estaba en su casa. ¿Dónde estaba? ¿Con qué objeto la tenían allí? No se atrevía a preguntar, ni siquiera a moverse, por temor de encontrar alguna persona o acaso toda una legión de bandidos, de los que, en aquellos tiempos, solían raptar a las mujeres hermosas para venderlas en los lupaneros. No sabiendo cómo contestar a sus propias preguntas, ni pudiendo tranquilizar a su corazón, se refugió en silenciosa plegaria. Pidióle per-

ción a Cristo, por haber desobedecido a Rubrio yendo, media noche, a recoger expósitos sin su permiso. Así estuvo torturada por crueles angustias, hasta que un débil rayo de la aurora iluminó la estancia y reconoció en la penumbra la deforme fisonomía de Eutiques, y el bello semblante del filósofo. Ambos, a respetuosa distancia, la contemplaban en silencio, esperando con ansiedad que recobrará el sentido. Al verlos, Aídee se acordó de los últimos sucesos, y se atrevió a preguntar:

—¿Dónde estoy?

—Nada temas — dijo Eutiques, acercándose; — anoche, mientras fuimos a buscar expósitos, ibas a ser raptada por un ebrio, cuando Hioroteo y yo te conducimos desmayada hasta este domicilio.

—Perdonad, señora — suplicó Hioroteo, — si me atreví a traeros a esta casa, por estar más cerca que la vuestra y sernos necesario escapar de la policía.

—Gracias — exclamó la doncella completamente tranquilizada al observar la actitud respetuosa de Hioroteo.

—Ahora, señora — agregó él — ya que estáis repuesta, si lo creéis conveniente, abandonad esta estancia, os lo suplico, para evitar la murmuración de Diomedes que duerme aquí, y para que estéis más tranquila en vuestro hogar.

Quiso decir más; pero no encontró palabras, porque temía ofender a Aídee.

—Gracias — dijo ella con voz más dulce que la vibración de la cítara. — Ya lo recuerdo todo; os debo más que la vida, pues me librateis de los ultrajes de aquel ebrio. Cristo os premiará. Ahora vámonos, Eutiques.

Salieron juntos, a la pálida luz del alba, en el casto silencio de la madrugada, única hora que no estaba manchada en Antioquía por la crápula de los ricos.

Apenas Hioroteo los vió desaparecer reflexionó que Agripa estaba golpeado por él y reducido a prisión, y le pareció conveniente hacer algo para obtener su libertad. Ya no le guardaba rencor, atribuyendo los ultrajes del príncipe a su propia ebriedad. Consultó el caso con Diomedes, que había llegado silenciosamente durante la noche, después de haber desaparecido de la escena en los momentos de peligro. Como este opulento sirio conocía al jefe de los ediles, obtuvo la orden de libertad para el príncipe, con sólo decir el nombre de éste.

Efraim no le devolvió a Agripa el pergamino escrito en la cárcel y dirigido a Cipro, con el pretexto de que lo había perdido. Pocos días después, el adolescente partió para Jerusalem, llevándole a Ben-

Gioras aquella carta que podía servir para engañar a Caifás.

CAPITULO XVI

Otra vez, el agente secreto de Caifás, el incomparable Artemio, volvió a visitar la casa de aquel Rubrio a quien indignamente traicionara, pero sin saber que ese militar era el dueño del hogar adonde iba, porque ni el diácono ni Aídee le habían nombrado, de modo que, sin saberlo, iba a meterse entre las garras de su enemigo. No había venido antes, como le había prometido, porque al salir de su guarida, donde vivía con Ascassem, encontró un cuervo en la calle, lo que interpretó como de mal agüero. La graciosa doncella se encontraba muy ocupada repartiendo bollos de pan y sardinas a sus obreros. Se había repuesto ya del susto que había llevado cuando Agripa intentó raptarla. Consideraba como un castigo de Dios aquella penosa aventura, por haber ido, aprovechando la ausencia de Rubrio, a recoger expósitos. Por lo general, iban muchos cristianos a buscar criaturas abandonadas por sus padres. Después de recoger a los párvulos, los bautizaban y alimentaban en las iglesias; pero esa vez habían ido muy pocos, porque comenzaban a ser perseguidos a causa de esa obra de caridad. De ahí nació la leyenda de que los nazarenos sacrificaban niños a una deidad sanguinaria, y de que se comían párvulos crudos y adoraban la cabeza de un asno. El Misterio de la Eucaristía, mal comprendido y comentado, influyó también en esa falsa creencia; pues se les oía decir a los mismos cristianos que comían la sangre y cuerpo de Cristo, en los cenáculos, y el pueblo pagano creyó que los niños eran la materia de tal inmolación.

Aídee recordaba sin cesar el bello semblante del joven que la defendió y ardía en deseo de volver a verlo.

Después de saludar afectuosamente a Artemio, la joven se fué a preparar un refrigerio. Pocos momentos después el corintio se lanzaba con avidez sobre los sencillos manjares; y sólo al notar que los demás convidados lo esperaban de pie, recordó que los cristianos oraban antes de sentarse a la mesa.

—¡Oh! — Dios mío — exclamó — perdonad a vuestro siervo, cuya vejez le hace perder la memoria.

Luego se levantó, oró, y bendijo con afectada solemnidad.

—Sentaos vos también, — dijo en seguida a la joven.

—Gracias, — contestó ella — comeré después.

—¿Y vuestra madre?

—No la tengo.

—No importa eso; tenéis a María, la madre del Profeta y de todos los cristianos.

—¡Oh, María! ¿La conocéis acaso? — exclamó la doncella con el pecho palpitante de interés.

—Muchísimo; conmigo estuvo al pie de la cruz en la muerte de su hijo. ¡Qué mujer! ¡Qué madre!

—¡Ah! ¿Viste aquello? Contádmelo. Yo, sólo pude ver vislumbre de tan patética escena.

—Ha sido la más solemne que han visto los hombres — aseguró Artemio, que al notar el interés de Aidee, se dispuso a mentir, declarándose testigo ocular de los emocionantes episodios del Calvario, que él no presencié, por estar preso en la cámara de Caifás. Su habitual desenfado, su falta de sentido moral y su imaginación le daban aptitud para navegar a sus anchas por el turbio mar de la mentira.

—¿Viste el terremoto? — preguntó ahelosamente Aidee.

—Sí; ¡qué tremenda sacudida! Yo me había refugiado en el templo, cuando de repente; ¡rum! ¡ram!, se rasga el velo del tabernáculo; los sacerdotes huyen y se atropellan; soldados por acá, mujeres por allá; camellos espantados, corazas rotas, alaridos y lamentos. ¡Oh, qué escena tan terrible!

Y el embustero, entusiasmado con sus propias mentiras, hacía gestos melodramáticos, y sudaba fatigado. Luego, como para animarse, se bebió sin respirar la segunda copa de vino que le servían.

—¿Es cierto que resucitaron los muertos? — preguntó un criado acercándose con la boca abierta.

—¡Ciertísimo! Yo vi sus largos sudarios deshaciéndose en la niebla. Allí fué el espanto. ¡Qué gritos! ¡Qué peloteras! Hasta palos hubo.

—Y vos ¿qué hacíais? — preguntó Aidee pálida de emoción.

—¿Yo? ¿Qué había de hacer? Indignación contra los verdugos, corro a desatar al Profeta de la cruz a fin de facilitarle la fuga.

—Así, pues, ¿lográsteis libertar al Profeta? — preguntó el mismo criado.

—No. ¿Qué podía yo hacer contra la guardia armada?

—¿Pero — observó la joven — después del terremoto querías que el Profeta se fugara?

—Claro. Era el momento de aprovechar la confusión — contestó el farsante con los carrillos hinchados y la boca llena de pan.

—Pero entonces él ya estaba muerto — observó atinadamente la doncella.

—Es verdad — exclamó el embustero rascándose la punta de la nariz — ¡qué tonto soy! No sé lo que digo; la emoción me perturba; el dolor me entorpece; la vejez me confunde los recuerdos. Lo que yo quería era llevarme su cadáver para que no fuera profanado. ¡Ay! si contara yo todo lo que vi, todo lo que corrí aquella tarde, nunca acabaría. Pero, entre paréntesis, qué buenas están estas tortas. ¿Son las que vi en el puente?

—No; son hechas por mí — dijo Aidee, sorprendido de que pensara en aquel alimento al evocar tan sublimes recuerdos.

Pasó por su frente una duda acerca de la veracidad de aquel extraño cristiano. ¡Qué diferencia entre él y Saulo y Bernabé, que también solían comer allí! Ellos hablaban con tanto respeto y tan intenso amor del Divino ajusticiado, que la conmovían hasta las lágrimas. En sus palabras graves y sencillas había como un reflejo de la infinita dulzura del Profeta. Hasta los más ignorantes pecadores que habían conocido al Divino Maestro de Galilea, al hablar de él, se trasfiguraban y un ardor patético daba elocuencia a sus palabras. Pero temerosa Aidee de ofender a Dios con sus dudas y secretas críticas contra Artemio, le preguntó con acento de plena confianza:

—¿Y no fuisteis perseguido como los demás discípulos?

—¡Bárbaramente perseguido! — contestó el corinto volviendo a entusiasmarse en la mentira; — fui vejado y denunciado al Sanedrín. Por fortuna, me amparó Anás, a quien había prestado importantes servicios.

—¿Cómo! ¿Has servido a esos hombres malvados? — exclamó Aidee volviendo a ser tentada por la desconfianza.

—Servicios comerciales, se entiende — explicó el corinto advirtiendo su imprudencia en decir esa vez la verdad; — les había vendido miel, nada más; pero antes de que predicara el Profeta. Mis verdaderos protectores fueron Lázaro y Nicodemo; eso es. Ellos, sabiendo que yo podía serles útil me aconsejaron que huyera de Jerusalem y lo hice así por servirles. A no ser por eso, otro gallo me cantara; porque quedándose allí yo me hubiera hecho rico.

—Pero ¿qué interés puede tener un cristiano en ser rico? — observó Aidee con extrañeza.

—El de hacer limosnas.

—Pero el Profeta de Nazaret aconsejó tener horror de las riquezas, porque entrar

con ellas al cielo es más difícil que introducir un camello por el hueco de una aguja. El llamaba desventurados a los ricos.

—Por eso digo que si no me escapó de Jerusalem, otra suerte más infeliz sería la mía, porque habría caído en la horrenda miseria de la riqueza.

Así cambió el corintio el sentido de sus palabras, contradiciendo sus sentimientos que se refundían en una ardiente codicia de fortuna.

—Sin embargo — agregó — me han dicho que vuestro padre es un rico fabricante de vasos.

—Es cierto; Saulo, nos prohibió, durante cierto tiempo, empobrecernos; pero no nos deja disponer de la riqueza; mi padre administra solamente sus bienes, que están a la disposición de esta Iglesia; cuando volvamos a Jerusalem, dentro de poco, lo repartiremos todo, como es nuestro deseo. Para mí es un tormento no poder aun emanciparnos de este peso del dinero, que es el abono del pecado y como una señal de condenación. Por eso no veo el día en que lleguemos allá para darlo todo a los pobres.

—Piensas lo mismo que yo — dijo el embustero; — yo he dado todos mis bienes...

—Lo que tú has dado es un falso testimonio contra el Profeta — dijo Rubrio, presentándose inesperadamente.

Este militar romano convertido al cristianismo, había llegado a su casa al iniciarse la conversación de Artemio, y habiendo reconocido su voz se detuvo para escuchar detrás de la cortina que servía de puerta. Volvía a ver al taimado corintio que hacía seis años lo puso en la alternativa de dejar morir a Aidee, o calumniar al Profeta.

Como si sus palabras fueran un rayo caído sobre su cabeza, Artemio quedó desencajado y livido, manifestando en el temblor de sus miembros el pavor de su alma. Pensó que Rubrio iba a vengarse de la traición que le había hecho, cuando lo entregó en Jericó a los esbirros de Anás. El romano fijó en él sus ojos brillantes y le dijo con gravedad:

—Artemio!

—No os conozco — se atrevió a balbucir el corintio aterrado, bajo el peso de aquel inesperado incidente.

Rubrio levantó la mano...

Brusca, inconscientemente surgió del fondo de su ser el deseo de pegarle, de aplastarlo como se hace con una alimaña venenosa. En un momento pensó que Artemio era el culpable de que él se hubiera visto obligado a dar un falso testimonio contra Jesús, porque ese vil corintio le había sugerido a Caifás la idea de capturar

a Aidee para obligarlo a declarar en falso. Por eso, encendido en cólera, le gritó: —¡Ah! Con que ¿no me conoces? ¡embustero, deícida, traidor! ¿No te acuerdas de Rubrio, a quien traicionaste?

El corintio, pálido como un cirio, contestó afirmativamente con la cabeza sin abrir los labios, mientras le decía el romano:

—Tú le aconsejaste a Caifás que nos capturara a mí y a mi hija.

—No — dijo Artemio, sintiendo el escalofrío del miedo en todo su cuerpo.

—¿Lo hiciste para obligarme a declarar contra el profeta? Contesta — increpó Rubrio con voz trémula de ira.

—No — aseguró el corintio, mintiendo por temor de que lo mataran.

Y en el corazón de Rubrio hervían diversos motivos de cólera: la vergüenza de haber declarado en falso, el pesar de haber contribuido a que crucificaran a un Dios, el deseo de vengar a Jesús y de vengarse él mismo de todos los terrores y remordimientos que había sufrido por causa de Artemio. Ante la negativa de éste, que él creía mentirosa, el romano sentía surgir en su sangre toda la cólera ancestral de sus abuelos militares y conquistadores. Un odio súbito ascendía de sus entrañas, invadía su cerebro y desalojaba de su mente todas las ideas de perdón y de mansedumbre que lentamente había ido adquiriendo entre los cristianos. Con su mano de atleta tomó a Artemio del hombro y lo sacudió como si fuera un trapo. El corintio, con las fuerzas que da el temor, se escapó de sus dedos y corrió hacia la puerta. De un salto de tigre el romano se lanzó sobre él y sus cinco dedos, como cinco garras de acero, volvieron a caer sobre su antiguo amigo. Aidee, que discretamente había salido cuando entró su padre, al oír ruidos de lucha regresó al cuarto llena de inquietud.

—Confiesa, di la verdad siquiera una vez en tu vida — decía Rubrio con la faz roja y los ojos llameantes.

—No lo maltrates, padre mío — exclamó Aidee interponiéndose entre los dos.

—El me obligó a declarar contra Jesús — dijo Rubrio; — por él he cometido yo ese gran crimen de mi vida.

—Así como Jesús te perdonó a ti, debes perdonarlo a él — dijo mansamente Aidee. — procuremos convertirlo en vez de castigarlo. Es lo que Jesús ordena.

—Es verdad — dijo el romano, avergonzándose de su conducta.

Y entonces sintió cólera contra sí mismo. Vió que no estaban aún extirpados sus antiguos instintos de pagano. Consideró el contraste que hacía su hija tan fácil para

perdonar, tan dulce y apacible a pesar de haber sido también ofendida por Artemio, mientras que él estaba con los brazos trémulos de cólera, jadeante, embrutecido, ansioso de venganza y de violencia, como los idólatras que vivían en las tinieblas. Su temperamento, sus disposiciones nativas y heredadas, la intensidad de sus sensaciones, seguían siendo las mismas después de su conversión, pero ahora un elemento psíquico, completamente nuevo, obraba en él, censurándole sus arrebatos y moviéndolo a dominarse, como lo acababa de hacer. Por eso, él, que había sido tan autoritario y orgulloso, dió a su voz una entonación humilde y suplicante, para decirle a Artemio:

—Perdóname, por nuestro señor Jesu-Cristo.

—¿Eres cristiano? — preguntó el corintio volviendo a respirar con la seguridad de que escaparía vivo de aquel trance.

—Sí; creo en la Divinidad del Profeta a quien callumainos.

—¡Ah! ¡Es cristiano! — se dijo mentalmente Artemio — ¡Oh, suerte! Entonces no me hará daño. Luego, alzando la voz, exclamó:

—Gracias, Dios mío, porque le habéis dado esa fe; yo también soy cristiano.

Y levantando los ojos al cielo, juntó las manos fingiendo una plegaria.

—Calla — dijo Rubrio, — sintiendo otra vez resurgir el temblor de la ira, — no mientas; yo no te haré nada; antes, al contrario, te serviré en lo que pueda; pero no digas que eres cristiano; si lo fueras, no habrías hablado como lo has hecho, sin emoción y sin respeto de los sagrados recuerdos del Calvario, que un creyente no puede evocar sin lágrimas; y nosotros dos con mayor razón.

Artemio quedó suspenso, con las palabras detenidas en la garganta, no sabiendo si le convenía insistir afirmando su falso cristianismo o confesar esa impostura.

Viendo su perplejidad y sus nuevos temores, le dijo Rubrio:

—No hablemos más de eso; no temas; quiero serte útil porque el Profeta nos manda perdonar. Termina, pues, de comer.

Y los dos antiguos amigos se sentaron mientras Aídee iba en busca de alimentos para su padre.

—¿Recuerdas — dijo Rubrio, — cuando hacíamos la comida en tu cueva hace siete años?

—¡Más debe hacer! ¡Cómo pasa el tiempo! Y tú no has cambiado.

—Ni tú tampoco.

—Los dos somos caserones viejos — confesó Artemio, animándose con un vaso de

vino. Luego viendo regresar a Aídee con una fuente, exclamó:

—Y ésta es tu hija?

—Sí.

—¿Aquella niña de 12 años que buscas?

—La misma.

—Apenas puedo creerlo; qué corpachón que ha echado y qué hermosa que está.

Advirtiendo Rubrio que la joven se avergonzaba con esos elogios, desvió la conversación, diciendo:

—Cuéntame, Artemio, noticias de Jerusalem.

—Allí no hay más que hambre — contestó el corintio con la boca llena de hidromiel.

—¿Sabes qué es de Magdalena? ¿Vive?

—Se dice que sí, pero yo no sé donde; los cristianos cuentan de ella cosas extraordinarias.

—¿Qué dicen?

—Que vive escondida en una caverna, comiendo raíces silvestres, haciendo oración y penitencia. Es un verdadero ciprés de melancolía.

—¡Ah!; pobre señora. Qué terrible castigo se aplica ella misma — exclamó Aídee.

—Pero no debemos compadecerla — observó Rubrio, — sino compadezcámonos a nosotros mismos, que habiendo sido más pecadores que ella, aun no estamos castigados.

—Verdad es lo que dices — aprobó Artemio tragándose una torta empapada en rica miel del Monte Carmelo.

—¿Y de Marta, sabes algo? — preguntó Aídee.

—¿Cuál Marta?

—La hermana de Magdalena.

—¡Ah!; pues de esa cuentan cosas aún más extrañas...

—¿Qué cuentan?

—Pues dicen que Marta venció un monstruo llamado tarasca en las Galias.

—Calla, calla; no hables más — ordenó Rubrio.

Y no hizo más preguntas, creyendo que el taimado corintio volvía a mentir, aunque el consuetudinario impostor decía esa vez la verdad.

—¿Y dónde paras? — interrogó el romano.

—Por ahí; en un fonducho del puerto.

—Pues no vuelvas a él; aquí tendrás hospedaje; así te retribuía el favor que me hiciste en Jerusalem.

—Otra vez vendré; — dijo Artemio levantándose, — esta noche tengo que hacer

en otra parte. ¡Que la paz reine en tu casa!

Diciendo esas palabras, se retiró.

CAPITULO XVII

Artemio regresó a Jerusalem. Allí encontró al Pontífice melancólico y fatigado. Este sacerdote hacía algún tiempo había dejado de ser el tipo plácido del vividor afortunado. Hasta entonces había gozado de las riquezas y los honores del Pontificado, sin quebraderos de cabeza, dejándose en todo dirigir por su suegro Anás, de quien era un pasivo instrumento; pero ahora su suegro ya no le ayudaba, porque sufría ataques de parálisis a consecuencia de los venenos que le había hecho tomar el negro Quemá, quien por orden de Ben-Gioras consiguió hacerse admitir como criado en la casa del Pontífice. El médico que lo atendía le había prohibido ocuparse de los negocios. Caifás tuvo, por eso, que hacerse cargo de la política del Sanedrín y de la lucha contra los cristianos. Y él se encontraba embarazado y torpe para desempeñar solo su delicado puesto. Para combatir a los cristianos desplegaba a veces una actividad febril; pero absolutamente ineficaz. Daba órdenes incesantemente a un ejército de esbirros, para que apedrearán a los apóstoles. Mas, a pesar de eso, el cristianismo se extendía vertiginosamente en Judea, como un reguero de pólvora. Por eso deseaba ardentemente que un príncipe hebreo, como era Agripa, fuera restablecido en el trono de Palestina, único medio que consideraba eficaz para detener la expansión del cristianismo, al que los gobernadores romanos, establecidos en Jerusalem, no querían reprimir entonces con bastante energía.

Artemio le refirió prolijamente sus impresiones y sus aventuras en Antioquía.

—¡Oh, señor, — le dijo al terminar su relato, — un gran peligro nos amenaza! Rubrio vive en Antioquía y es cristiano.

—¿Quién? ¿el romano que dió el falso testimonio contra Jesús?

—El mismo; yo le he hablado; yo he comido con él; yo he estado a punto de pe-recer en sus manos por servirte.

—Realmente es desagradable que viva — observó el Pontífice; — pero no creo que haya razón para temerle. Si declarara que lo compramos, diremos que es un impostor pagado por los cristianos, y como nada puede probar...

—Pero puede matarme si me vuelve a reconocer en Siria. Te suplico, por eso, que no me envíes otra vez a Antioquía.

—¡Imposible! no tengo otro servidor de más confianza que tú, ni más apto para

fingirse cristiano. ¿Has estudiado bien, como te ordené, el carácter de Saulo?

—Prolijamente. Lo he oído hablar varias veces en público y en privado y he recogido muchas noticias acerca de su vida íntima.

—Y ¿qué te parece?

—Digo que es la ruina de la Sinagoga y de la religión mosaica. Que aunque hagamos el cisma y separemos a Saulo de los cristianos de Jerusalem, él solo basta para crear una religión nueva sobre las ruinas del judaísmo.

—¿Hablas en serio? — preguntó el Pontífice palideciendo.

—Con toda seriedad. Pregúntaselo a Ascassem, si acaso dudas.

—Tú exageras su importancia para sacarme dinero.

—No. Creeme. Saulo es un conquistador de pueblos. Nada lo vence. Nada lo acobarda, nada lo detiene. Si un cónsul lo expulsa, si un populacho lo apedrea, ¿crees que se inmuta? Nada de eso. Si sale perseguido de un pueblo, comienza la predicación en otro.

—Espera — le dijo el Pontífice alzando la mano, — no me cuentes más; quiero que vayamos ahora mismo a casa de mi suegro Anás, para que le repitas todas tus impresiones.

—Como gustes, ¡oh fuerte columna del Pontificado! — dijo el servil corintio recurriendo a su vocabulario de alabanzas.

En efecto, dos horas después, el Pontífice y Artemio llegaban, montados en pequeños borricos, a la verde montaña de Sebaste, donde el viejo Anás escondía su repugnante dolencia.

Lo encontraron sentado en el jardín de su casa. Dentro del apacible marco de verdura que le formaban las higueras y los hiposopos, los cedros y los nopales, aparecía su horrible rostro demacrado bajo un palio de claveles. Su cuerpo, estaba inmóvil por la parálisis; pero toda su vida se acumulaba en sus ojos. La cólera reconcentrada que le causaba su enfermedad lo hacía gruñir en vez de hablar.

Sus instintos feroces se habían satisfecho por un momento con la muerte del Nazareno, pero el triunfo del Resucitado y la expansión maravillosa de su doctrina lo tenían furibundo. A esos motivos de disgusto se unía aquella misteriosa y repugnante enfermedad que le había sobrevenido y de la cual no podía curarse.

Como todos los que sufren sin resignación, Anás necesitaba una víctima en quien desahogar la cólera que lo consumía en su dolorosa impotencia y la encontró en su nieta Elisabeth. Temeroso de que ella lo

descuidara en sus servicios, distraída por el amor, o que le faltara del todo si llegaba a casarse, le había prohibido, bajo amenaza de maldición, que se dejara impresionar por ningún joven.

Solamente ella cuidaba de él en aquel retiro. Como su enfermedad era deshonrosa, porque tenía pequeñas úlceras, las cuales eran consideradas como una maldición divina, él se había ocultado allí, con el pretexto de que le era necesario el saludable clima de la montaña. Semejante aislamiento agrió todavía más su carácter, de suyo violento, cuyos desahogos sufría paciente-mente Elisabeth. Esta cándida joven vivía tranquila, sin embargo, sin más diversión que hablar con su vieja criada, y contemplar aquella hermosa montaña de forma cónica, toda sembrada de palmeras, de ramos de sésamo y de olivos, cuyos verdes follajes agitaba constantemente un fresco viento que llegaba embalsamado después de agitarse entre selvas de jazmines silvestres. Después de recibir a su padre, Elisabeth lo dejó solo con Anás y Artemio y se retiró.

—Repite todo lo que me has contado — ordenó el Pontífice al corintio, quien no podía hablar porque le provocaba náuseas el aliento fétido que Anás exhalaba. Por fin, hizo un esfuerzo y repitió su relato.

—¿De veras? ¿Tan temible lo crees a Saulo? — preguntó el paralítico.

—¡Oh! No tienes idea de lo que puede — aseguró enfáticamente Artemio; — créeme, ese es vuestro mayor enemigo; ya sabéis que yo tengo olfato de perro para prever el peligro.

—¿Es, pues, más temible que Simón-Pedro?

—¡Qué tiene que ver! Sin él, Pedro no haría gran cosa; pues aunque es el jefe de los cristianos, es tímido y sin estudios. En cambio Saulo, es ilustrado.

—Ya lo creo que es ilustrado — afirmó Caifás; — él conoce a fondo las Escrituras; porque ha sido discípulo de Gamaniel. Pero tú debes conocerlo, porque el Sanedrín le dió poderes hace cinco años para perseguir a los cristianos.

—¿Será, pues, aquel hombrecillo delgado y narigudo que consiguió el puesto de peñita y se distinguió por su energía?

—El mismo — aseguró Caifás.

—Ved lo que son las apariencias. Lo juzgamos incapaz para el cargo. Porque no sólo era pequeño, era también ridículo, que es lo peor, para un orador o una autoridad. Si no estoy confundido, tenía la espalda encorvada, la barba copiosa y la nariz de buitre.

—Exactamente, así es — testificó Artemio. — Por ese aspecto los antioqueños, que son tan burlones, le ponen apodos.

—Pues entonces poco ha perdido la Sinagoga con su deserción al campo cristiano.

—Te equivocas, ¡oh sabio augur!, — afirmó el corintio. — Saulo es un hombre terrible que engaña con su pobre apariencia. Hay que oírlo hablar. ¡Qué cosas ha hecho! Y eso que es enfermizo.

—Pues ¿qué es lo que ha hecho?

—El solo ha fundado las iglesias de Efe-so, de Corinto, de Macedonia, de Antioquia, y con sus cartas dirige muchas otras iglesias del Mediterráneo y estimula la actividad de los demás apóstoles.

—¡Ah! — exclamó Anás con gesto desabrido; — ese es el agitador de Siria de que me habían hablado; pero yo creía que era Bernabé.

—Bernabé es también uno de los fundadores de esa iglesia; pero Saulo es el que le ha dado desarrollo.

—¿Le has hablado tú mismo?

—No; pero lo he oído perorar de cerca. Tiene mucho fuego y abundancia de palabra.

—¿Anuncia la Divinidad de Jesús, como los cristianos?

—Sí; pero su Evangelio difiere en que él sostiene que Jesús es el redentor no solo de los judíos, sino de todos los hombres. Saulo no quiere que se predique ninguna preferencia para Israel.

—¿No es, pues, patriota?

—¡Oh, señor! Admiro tu sagacidad. En efecto, no es patriota, es un espíritu liberal y cosmopolita. Pero yo sospecho que es griego; otros dicen que ha nacido en la ciudad helénica de Tarso.

—Su nombre, Saulo, parece romano.

—Sí; pero no es Saulo, sino Paulus, que significa pequeño, en latín. Lo llaman así por su pequeñez de estatura. No todos han sido favorecidos del cielo con un cuerpo hermoso como el tuyo, pero a pesar de eso Saulo me parece un gigante.

—¿Dónde habla? — preguntó el paralítico.

—En cualquier parte: en las academias, en los teatros, en las prisiones, en los talleres, en el puente de un navío o en pleno mercado, y siempre es aplaudido, lo mismo por los literatos que por la plebe. Ha sido vitoreado en las tiendas, en las excedras, en las termas, en la escuela de los retóricos y hasta en las Sinagogas.

—¿En las Sinagogas también? — preguntó Anás irguiéndose convulsivo, con los ojos fuera de las órbitas.

—¡En todas partes, señor! — aseguró Artemio. — ¿No os he dicho, que es un

hombre temible? ¡Ah! No es un hombre; es un huracán.

—Pero si es feo — preguntó Caifás — ¿cómo se atrae la simpatía de esos paganos? Tú sabes que allí sólo puede ser orador, poeta o maestro un hombre hermoso.

—Así es en efecto; nada se escapa a tu observación, ¡oh, clara antorcha de la Sinagoga! pero, a pesar de eso, Saulo es tan maravilloso orador que hace olvidar la fealdad de su persona, y además, os lo confieso en secreto, — dijo el comediante y taimado corintio bajando la voz — las ideas que predica son muy gratas al pueblo.

—¿Pues qué es lo que predica? — preguntó ansiosamente Anás.

—Dice que el trabajo manual es honroso. Para él vale más un rudo obrero que un filósofo o un retórico. Ataca audazmente a los vagos aunque vivan de sus rentas. Exige que se pague bien a los obreros. Y hasta ha llegado a decir que quien trabaja un campo debe ser el primero en recoger sus frutos.

—¡Qué astucia! Con esas ideas, no extraña que sea tan popular, — observó Caifás.

—Es una táctica ingeniosamente inventada para desacreditar al Sanedrín hebreo — exclamó el viejo.

—¿Qué es esto? — dijo Anás, levantando con impetu sus manos temblorosas. — ¿Quién les da habilidad a esos ignorantes? ¿Qué interés les mueve?

—Eso es lo que Ascassem y yo nos preguntamos, señor — dijo Artemio con sinceridad. — Creedme que yo estoy extrañado más que ninguno. Y, a veces, viendo lo que hacen Saulo y Bernabé, me asaltan dudas de que tal vez aquel Jesús que ellos adoran y contra quien yo declaré en falso, era una verdadera Divinidad.

—¡Eso nunca! — gritó Anás con bronca voz. — ¿Cómo osas decir eso en mi presencia? Sal de aquí, perro griego.

Diciendo eso, el enfermo hizo además de arrojarle al corintio un candelero sobre la cabeza. Artemio esquivó el golpe diciendo entre dientes, mientras se tapaba las narices:

—Al diablo con el viejo. Con la cólera, larga un hedor tal que temo arrojar los higados.

El esfuerzo súbito del paralítico y su excitación nerviosa extenuaron entonces sus nervios haciéndole caer al pavimento, como un cuerpo inanimado.

Cuando lo trasladaron a su lecho y lo examinó el médico declaró que su parálisis se había agravado con aquella conmoción. El Pontífice regresó a Jerusalem momentos después.

—Imbécil — le increpó Caifás a Artemio cuando estuvieron en Jerusalem — tus exageraciones han agravado a mi suegro. Pero yo tengo la culpa, que te llevé, sabiendo que está tan delicado. Bien. Esto ya no tiene remedio. Ahora vete a Antioquia y sigue observándolo todo y desarrollando el mismo plan que te he trazado. Ya veré, después, si conviene que muera Saulo.

—Hay que eliminarlo, señor, — exclamó Artemio con su énfasis habitual, — y también a Rubrio y a Bernabé. Creedme, son conquistadores de la canalla. Están creando un reino de harapientos, recogen a los esclavos maltratados, a los ancianos que están en peligro de ser despeñados por inútiles, a las mujeres abandonadas, a los niños deformes que arrojan al muladar; en fin, a todos los inválidos y mendigos y con ellos se van apoderando del mundo.

CAPITULO XVIII

Mientras Artemio se dirigía a Antioquia Ben-Gioras, en compañía de sus dos amigos y cómplices, Quema y Efraim, estaba en su guarida preparándose para visitar al Pontífice. Efraim había regresado ya de Antioquia con el pergamino que había usurpado a Agripa al salir de la cárcel y que debía servir de recomendación al aventurero. Este, satisfecho con el documento que tanto necesitaba, sonreía a su joven servidor y compatriota, lo cual excitaba los celos del negro. En ese momento Quema le daba cuenta de sus actos mientras lo ayudaba a vestir.

—Así, pues, ¿has ensayado tus venenos con éxito? — dijo el joven bandido.

—Ya lo creo — contestó el negro. — Anás está prostrado con parálisis desde que se bebió mi veneno de la India; si tú quieres, puedo aumentar la dosis y mandarlo al otro mundo.

—No, bárbaro; yo quiero que tenga una larga agonía y que presencie la ruina de Caifás. Ahora átame el cinturón.

—Estás espléndido — le dijo Quema cuando le hubo ceñido el esbelto talle con un cinturón de escamas metálicas.

Efraim le sujetó con un broche de oro la bota romana.

Era éste el calzado que substituyó a la primitiva sandalia egipcia, hecha de junco, muy fresca, pero impropia para el pedregoso y accidentado suelo de Palestina. El negro le echó encima al aventurero una capa corta, a la que imprimió artísticos pliegues.

Ben-Gioras estaba imponente, sobre todo cuando sobre sus mejillas se puso una postiza barba egipcia que le daba gran autoridad. Como estaba habituado a los calzo-

nes cortos y elásticos de los bandidos, se sentía sofocado bajo tanta tela y temía no saber andar y gesticular con su habitual elegancia. Cuando Efraim le presentó el espejo egipcio, cuya luna era un disco metálico, Ben-Gioras se sonrió con expresión de júbilo. Ya sabía él, desde niño, que era hermoso; pero entonces se admiró una vez más de la altura de su cuerpo, de la gallardía de su paso, de la pureza de su tipo.

—Estás irresistible—observó Quema con su voz de flauta — nadie diría que fueras hijo de Gestas.

—¿Y qué sabes tú quien fué mi madre? — dijo gravemente Ben-Gioras.

—Alguna reina — declaró Efraim recordando, en ese momento la hoja de trebol que tenían tatuada Agripa y Ben-Gioras.

—Justamente; eso es lo que supongo; así me lo hacen creer los recuerdos de mi infancia.

—Pues ¿no nos has dicho que no sabes quién era tu madre? — interrogó Efraim.

—Eso he dicho. Una de las veces en que me visitó le oí decir que vivía en la corte del rey. ¿De qué rey? Nunca he podido saberlo. Ella parecía una princesa. Cuando yo sea rico sabré quien fué mi madre. Tal vez tenga que vengarla.

Efraim volvió a concebir sus sospechas de que el bandido y Agripa eran hermanos, y se dispuso a revelar su descubrimiento de la hoja de trebol; pero se contuvo porque deseaba hablarle a su amo, sin la presencia de Quema.

—¿Comprendéis ahora — continuó el aventurero — porque alienta tanto odio mi corazón? ¡Ah! pero no importa. No hay nada que nos ayude a ser grandes como el deseo de venganza. Felizmente no tengo traza de bandido.

—No por cierto — dijo Quema, — y ahora menos que nunca. Quisiera verte así en el hipódromo, o en las termas de Roma, y sin embargo eres mi amigo. ¿Cómo es que teniendo tanto odio como dices, tuviste amistad para mí?

—¿Sabes por qué me inspiraste afecto? Porque encontré en ti una alma gemela de la mía, una alma víctima, ansiosa de venganza; tú eras un paria y yo un bufón: dos profundas miserias.

Esto no era del todo exacto. Ben-Gioras advirtió la admiración que inspiró al negro y sólo cultivó su amistad cuando supo que él poseía secretos de la India, tósigos y filtros venenosos, que podían servirle.

—Tú te quejas de la vida — dijo el negro, — ¿qué diré yo de la mía; yo, que he trabajado en canteras, jadeado en las estufas, sufrido el látigo de los capataces?

—Esas miserias del pasado nos harán más dulce la opulencia en que vamos a nadar.

—¿Y cuándo será eso?—preguntó Efraim.

—Pronto; dentro de un mes, si nos va bien este negocio.

—Iremos a Antioquía — exclamó el negro, dando un salto de alegría, — o mejor a Atenas; allí hay más libres placeres, más dulces vinos, más bellas mujeres.

—Yo necesito emociones más intensas, esos son vicios y el vicio es un entretenimiento de niños — observó Ben-Gioras.

—¿Pues qué es lo que te interesa?

—El poder, el dominio, la fuerza política que hace a los hombres superiores, como si fueran dioses.

—Pues no te pide poco el cuerpo.

—Y lo obtendré. Para eso me he trazado un plan de vida.

—Yo yo te ayudaré — exclamó Efraim.

—Yo también—dijo Quema, — pero con más eficacia, porque sé matar a tus enemigos.

—Tú sabes deshacer, pero no hacer — dijo Efraim. — Con tus puñales, no le hubieras traído a Ben-Gioras el pergamino que yo le arranqué a Agripa.

—Es verdad — dijo Ben-Gioras, poniendo afectuosamente la mano sobre el hombro del joven. El negro guardó silencio; pero en sus pupilas brilló un relámpago de envidia.

—Bien — dijo Ben-Gioras frotándose la barba postiza, — idos ahora para ver qué efecto produzco entre el público. Dentro de una hora estaré en casa de Caifás.

CAPITULO XIX

Mientras Ben-Gioras entraba al vestíbulo del Palacio de Caifás, desde la terraza interior del mismo, lo contemplaban dos mujeres con el mayor interés.

—Hermoso militar — dijo la doncella vestida con la túnica plegada de las nobles hebreas. — ¿Quién será?

—Debe ser un príncipe romano — contestó la fámula.

—No puede ser, porque no tiene las mejillas teñidas de azul ni los labios de rojo — observó la linda joven estirando su cuello alabastrino.

—¡Ah, Elisabeth! Yo no tengo vista para distinguir eso — dijo la criada con melancolía.

—Además, trae muy hermosa barba y los romanos andan siempre rasurados — continuó la joven.

—Es cierto; esas costumbres afeminadas no gustan aquí; pero lo que es la capa, no negarás que es romana.

—Sí que lo es, y por cierto que le cae muy bien. ¿No te desagradaría para esposo, eh?

—¿Qué ocurrencias tienes! ¿Quién piensa en eso? — preguntó la doncella, recogiendo sus hermosos bucles en una redecilla de hilo.

—¿Por qué no? — interrogó la criada. — Ya tienes quince años, eres linda como un ramo de flores y como eres hija del Pontífice, no te faltarán pretendientes.

—Yo no debo pensar en eso — dijo la joven, sin manifestar pesar.

Pocas doncellas, sin embargo, eran tan oprimidas como ella; pero su sana y equilibrada naturaleza la defendía contra la impaciencia y la melancolía. Como aun no había llegado para ella la hora radiosa del amor, se complacía en su soledad de Sebasté, oyendo el susurro del viento en el follaje umbrío, escuchando los lánguidos cantos del mirlo, o viendo salir las primeras estrellas en el recogimiento dulce de la campiña. Raras veces venía a Jerusalem a traer medicinas para Anás, por lo cual no había nunca fijado su atención en los jóvenes judíos. Esa era la primera vez que la indiscreta pregunta de la criada arrojaba en su alma diáfana la idea turbadora del matrimonio.

—¿Por qué dices que no debes pensar en casarte? — insistió la vieja.

—Porque debo cuidar de mi abuelito Anás.

—Haces bien; pero no estás obligada a sacrificarte por él.

—Su enfermedad de parálisis, es tan incómoda, necesita tantos cuidados, que sólo una nieta como yo puede atenderlo. Pero mira, el joven ha entrado, voy corriendo a verlo pasar por la galería.

Y ligera como una gacela, se alejó la encantadora hija de Caifás.

Cuando Ben-Gioras fué conducido ante el Pontífice avanzó, solemne y marcial, con el pecho abultado, formando comba, con escandalosa elegancia y reposado semblante. El Pontífice cauteloso y sorprendido, creyó que su visitante era un alto personaje. Esperáballo en el trono pontificio, en la sala roja de los candelabros, toda ella atestada de vasos, urnas y pebeteros de confección etrusca, sentado en un sillón tapizado de azul. Al ver a Ben-Gioras le hizo una profunda reverencia, a la que contestó el bandido con la gentileza del más hábil cortesano.

—Ilustre Pontífice — dijo Ben-Gioras. — el más fiel de vuestros amigos os envía por mi medio un afectuoso saludo.

—Que seas bienvenido — contestó Caifás. — ¿De qué amigo hablas?

—De Agripa.

—¡Ah! ¿Vienes de Antioquía?

—Sí; allí está Agripa con su esposa Cipro. Tomad esta carta que él os envía.

Diciendo eso Ben-Gioras le presentó la carta que Efraim le dictó a Agripa en la cárcel de Antioquía en la noche que quiso raptar a Aídece en la recolección de expositos. Caifás reconoció la letra del príncipe y no tuvo la menor duda de la autenticidad de aquella epístola. Como se recordará, ella fué dictada adrede sin dirección; pero como aludía al secreto de la corona, de que habían tratado una vez Agripa y el Pontífice, éste no dudó de que a él solo iba dirigida. Además el joven bandido le desvaneció toda sospecha diciéndole:

—No trae dirección, porque Agripa temía que pudiera perderse y comprometeros. Pero, por el contenido, vereis que va dirigida a vos.

—Es verdad. El me habla de un asunto sólo él y yo conocemos — dijo el Pontífice; — con que así, hálame con libertad. Yo seguiré tus instrucciones tal como Agripa me lo recomienda. Veo que eres hombre de su confianza.

—Sí, soy su más íntimo amigo.

El Pontífice escudriñó con su mirada obscura el noble y bello semblante de Ben-Gioras y le dijo:

—Te creía un romano; pero veo que llevas nombre hebreo.

—Soy hijo de un judío de Alejandría; pero soy también patricio romano.

—¿Y cuál es ese servicio que me pide Agripa?

—¿Estamos completamente solos? — preguntó el aventurero examinando el recinto.

—Completamente solos.

—¿Vos conocéis la rebelión que se prepara?

—Ciertamente, como que yo mismo he contribuido a apoyarla con mi dinero.

—¿Sabéis dónde van a reunirse?

—En los atrios del templo.

—¿Y por qué no frente al palacio de Pilatos?

—Porque creen más acertado organizarse antes, en el pórtico del templo.

—Pues bien, sabed que os han engañado. La reunión se hará allí porque los sediciosos tienen el sacrilego intento de llevarse los ornamentos del templo.

—¡Imposible! ¿Qué quieren hacer con ellos? — exclamó Caifás.

—Vender los diamantes y con su producto sostener la guerra civil hasta que sea depuesto Pilatos.

—¡Oh, qué profanación! Eso no puede permitirse. Sería atraer la maldición de Jehová sobre Judea.

—Eso es lo que piensa Agripa. Hay que evitar a toda costa ese sacrilegio, y vos sois el único que puede hacerlo.

—¡Ah! No lo creas. Yo suplicaré a los conjurados para que desistan de ese propósito; pero temo que no me hagan caso.

—Es demasiado tarde, señor. El plan ha comenzado a ejecutarse y no volverán atrás. No encontraréis a ningún jefe en estos días. Si os oponéis a que saquen las joyas sin estar de acuerdo con ellos, os tomarán por traidor y no lograréis que os obedezca nadie; si denunciáis la conjuración a Pilatos arruinaréis la causa de Israel y sufriréis la venganza de los bandidos. Vos debéis, pues, evitar que se lleven el tesoro, sin que nadie lo sepa; porque si lo dejáis robar, como sólo vos tenéis la llave de los armarios que lo guardan, todas las sospechas y responsabilidad del robo caerán sobre vos.

—¡Oh, maldición! — exclamó palideciendo el Pontífice. — Entonces estoy perdido.

—Todavía hay un medio de salvaros que es el que Agripa me manda aconsejaros.

—¿Cuál es?

—Que vos mismo secuestréis secretamente el tesoro antes de que lo roben los sediciosos.

—¿Que saque yo las joyas del templo? — preguntó Caifás frunciendo el entrecejo.

—Sí, y que las guardéis en vuestro palacio y luego las restituyáis al templo cuando pase la sedición.

—No, no; si me llegaran a sorprender los sacerdotes, ¿qué sospecharían de mí?

—¿Cómo pueden sorprenderos? Vos podéis sacarlo cualquier día por la tarde en que todo está en el templo tranquilo y desierto. Nadie lo sabrá fuera de Agripa y yo. Y si llegaran a saberlo después, ¿qué importa? Nosotros declararíamos vuestra sana intención de salvar esas joyas. Solamente los bandidos que intentan robarlas no lo mirarán con buenos ojos; pero en cambio Agripa, el Sanedrín y todos los levitas y buenos judíos, os agradecerán como un inmenso servicio.

—Es verdad; pero... yo no sé... me parece un sacrilegio.

Y aquel Pontífice vulgar, lleno de vicios, avaro y servil ante la corte romana, tembló ante la idea del sacrilegio. Ben-Gioras procuró tranquilizar al sacerdote diciéndole:

—¿Por qué sacrilegio? Todo lo contrario. Lo sería si lo hicierais para hurtarlo o hacer obtener algún beneficio; pero lo hacéis para servir al templo. Figuraos qué sería el sacerdocio sin el esplendor que da a

su liturgia el lujo radiante de los ornamentos.

Caifás quedó sorprendido y pensativo, ante este nuevo aspecto del asunto.

—Tienes razón — dijo, — precisamente eso nos conviene ahora que nos combaten los cristianos, pero...

—Animáos, pues, y seréis como Agripa, un salvador de la religión mosaica. ¡Qué gloria! ¿eh? Y además la gratitud de Agripa, pues vos sabéis que él desea el prestigio del Sanedrín porque espera gobernar con él; si salváis los ornamentos tenéis asegurado el Pontificado mientras él sea rey; todos los sacerdotes y levitas os bendecirán, y todo eso sin arriesgar un denario, tan sólo por remover, por unas pocas semanas, unas cuantas joyas, de su sitio.

—Voy a pensarlo — contestó el Pontífice.

—No hay tiempo — contestó Ben-Gioras. — Agripa espera la contestación esta semana.

—Sea, pues — exclamó el Sumo Sacerdote dando una palmada sobre el diván; — el paso es audaz, pero lo daré.

—¿Puedo, entonces, decirle a Agripa que aceptáis el encargo?

—Sí; pero ¿cuando debo tener las joyas en mi poder?

—La víspera de la revolución contra Pilatos. Dentro de quince días a lo más tardar.

—Así lo haré; pero tú y Agripa guardareis absoluto secreto.

—Perded cuidado — dijo el joven con aplomo y se despidió con una sonrisa del hombre que él creía causante de la muerte de su padre. Bajó corriendo los escalones de mármol, radiante de alegría y se entregó a una loca y risueña esperanza. Desde lo alto del Cedrón, antes de hundirse en su sótano, miró a Jerusalem, como a una ciudad conquistada, y arrojó un beso al aire. Era un saludo a la fortuna que veía llegar.

CAPITULO XX

En tanto que Ben-Gioras hablaba con el Pontífice en Jerusalem, Hioroteo en Antioquia, sostenía con Diomedes, un interesante diálogo. Hallábanse sentados ambos en la terraza del palacio que el acaudalado sirio poseía cerca del Orontes.

—¿Con que desea Agripa reconciliarse conmigo? — preguntó el filósofo.

—Ardientemente — contestó Diomedes, mientras se rizaba el cabello a la usanza egipcia, formando artísticos tirabuzones de bucles que le caían sobre los hombros. — Por de pronto te pide disculpa por haberte

herido en estado de inconsciencia alcohólica y te da las gracias por haberlo sacado de la prisión.

— ¡Cuánto me place! y no por cobardía, sino porque soy pacífico y además, estoy demasiado preocupado con otros asuntos, de modo que no tengo tiempo para rumiar agravios y premeditar venganzas.

— Bien pensado — aprobó Diomedes.

— ¿Pero tú le has propuesto la reconciliación, o ha sido iniciativa de él?

— Iniciativa de él ha sido. Quiere ser tu amigo y desea que lo visites.

— Yo creía que los judíos eran más vengativos.

— Y lo son; pero Agripa no se venga de los que tienen fortuna. Sin duda ha oído ya que tienes dinero y se propone pedirte prestado para no pagarte.

— ¡Posible! ¿Tan desvergonzado es?

— Así es. Yo lo conozco como mis manos. Es un troner de siete suelas; pero ~~que~~ no tiene un pelo de tonto. A mí me ha estado diez mil dracmos.

— ¿Qué dices?

— ~~Que~~ he tenido que prestarle ese dinero, lo cual es lo mismo que perderlo, porque él nunca paga.

— ¿Y por qué le prestas?

— Por temor a su influencia política. De un momento a otro puede ser rey de Jerusalem y además es íntimo amigo del César. Si yo no le prestara él sería capaz de vengarse. Por eso, ¿sabes lo que he hecho? He ocultado parte de mi fortuna. Aquí donde me ves soy el sirio más rico de Antioquia.

— Sin volverse para verlo, le dijo Hioroteo con tranquila indiferencia:

— Pues no lo pareces.

Diomedes no pudo menos que extrañar la displicencia de su amigo. Y tenía razón. El filósofo, ya no ponía atención en nada que no fuera Aídee. Siempre había sido de por sí indiferente para lo que no fueran sus libros. Más que en el hipódromo o el lupanar, prefería pasar las horas muertas sentado en el atrio de los viejos templos descifrando alguna inscripción antigua. Su perenne actividad intelectual, que contraía sus cejas, le daba un aspecto triste y su desdén por las conversaciones frívolas lo mantenía casi siempre callado en las escasas reuniones a que asistía. Hasta entonces su vida limpia, serena y oculta, como un río subterráneo, no había tenido más que un fin: atesorar ciencia, y he aquí que ahora, súbitamente, el amor había trastornado la quietud de su alma.

— Espérame un momento, mientras me visto — dijo Diomedes, — y luego irás conmigo para que veas mis propiedades.

El sirio, que jamás salía sin acicalarse como una mujer, tardó una hora en el tocador. Al salir un esclavo le echó encima el manto envolvente de finísimo tul. Hioroteo, que era indiferente por todas las apariencias exteriores, no cambió de vestidura y solamente se puso una pluma de ganso sobre la oreja, que era el distintivo de los filósofos. Los dos amigos se encaminaron a pie hacia la gran avenida de Los Plátanos, donde se agrupaban los sitios de placer. La calle estaba animada en aquella hora crepuscular, especialmente por el enjambre de jóvenes, de faz risueña y cubiertos de guirnaldas que iban al gimnasio, provistos de sus crótalos, escudos, palas de Fresno y demás instrumentos de juego. Al llegar a los jardines, Diomedes mostró a su amigo una construcción maravillosa de estilo greco-sirio, que alzaba sus columnas macisas sobre la verde espesura de los rosales.

— ¡Qué soberbia construcción! — exclamó el filósofo — aunque es un tanto complicada; las cúpulas son bellas, pero demasiado erizadas de relieves; yo hubiera preferido la sencillez de la arquitectura griega.

— Este palacio está hecho según el gusto sirio — explicó Diomedes, — y allí donde lo ves, vale la bicoca de seis millones de sextercios romanos.

— Es posible que valga eso, — dijo Diomedes, — sobre todo por el sitio en que está, lejos de la vil algazara del muelle y del mercado, sin nada que ahogue la sabrosa orquesta de los pájaros ni el dulce susurro del viento entre las frondas... ¡Qué grata soledad para leer a Platón!

— Por eso mi abuelo, el sátrapa de Siria — explicó Diomedes con ufania — eligió ese sitio para construirlo. Es mi casa solariega. En ella se alojó el César en su última visita. Si Agripa supiera que es mía, ya me la habría pedido para habitarla. Pero no lo sabe. El cree que porque es nieto de Herodes el Grande, todos debemos obsesionarle.

— Bueno es saberlo — dijo Hioroteo, regresando por el solitario sendero de las palmeras.

— Y ahora que yo te he hablado de mi visita a Agripa, háblame tú de la tuya. ¿Qué tal te han tratado en casa de la cristiana que libraste de las garras de Agripa? ¿Te ha reconocido?

Mañana aparecerá la cuarta parte

AMOR SUBLIME

por

LUIS BARRANTES MOLINA

CUARTA PARTE

—Sí; la misma noche que la llevé desmayada a mi casa me reconoció y me dió las gracias.

—¿Nada más?

—¿Y qué más quieres?

—Un beso, por lo menos.

—¡Calla! ¡No la profanes! — exclamó el filósofo emocionándose al escuchar esa frase.

—¿Te parece más bella que Berenice?

—Uff. Qué tiene que ver. Berenice es bella, pero Aídee es divina. ¿Por qué se llama así, no te lo ha dicho?

—Debe ser pobre. Recuerdo su túnica de lana...

—Estás equivocado. Su padre, un tal Rubrio, es un romano chapado a la antigua, sobrio y recto como Catón. Por eso Aídee viste con gran modestia. No usa afeites ni cosméticos como Berenice y Cipro, y sin embargo su piel es fresca y blanca como un ramo de rosas. Su voz me recuerda la vibración de la cítara. Siempre sonrío.

—¿De qué? — preguntó Diomedes con tono burlón.

—De ser linda sin duda, de ser joven y de ser buena. Tiene todas las armonías. Se me figura que debe sentir correr dentro de sí la vida como un raudal plácido y rítmico. Te aseguro que hay en ella algo de diosa.

—Si es una vestal, tiene que ser divina.

—¿Cómo sabes que es una vestal?

—Porque la encontraste buscando niños para inmolarlos.

—¡Ah! Nada de eso. Precisamente la encontré en su casa rodeada de esos expósitos. Ella los recoge sólo para alimentarlos. Allí en la familiaridad del hogar, me pareció aun más bella que en la calle. Si vieras qué manos las suyas. Su piel es blanquísima y suave como la de un niño. Todo lo hace ella con un sosiego, con una paz, con una armonía, que me fascina y conmueve. ¡Oh! yo debo estar loco o esa es una doncella hecha en un molde distinto al que Dios usa para formar las demás mujeres.

Y por ese estilo, con sincero entusiasmo, refirió el filósofo sus impresiones recogidas en la casa de Rubrio, ponderando no

sólo las gracias de Aídee, sino también el candor de las demás mujeres convertidas, todas ellas tranquilas en su trabajo y sin envidia a los ricos. Ellas junto con los obreros construían o pintaban canastos, cántaros, cráteras, hidras, ánforas, copas, todo ello con formas graciosas. Viéndolas con su manto alargado por pudor y sin el cardenillo con que las asirias se pintaban el rostro, el filósofo las hallaba más bellas que las pintadas cortesanas. Observando su simplicidad tranquila, y su conversación piadosa, alvirtió él que allí se estaba elaborando una mujer nueva, activa, inteligente, digna, que iba a disputar al hombre su predominio social y su colaboración en el progreso humano.

—¿Sabes que excitas mi curiosidad? — exclamó Diomedes. — ¿Hablaste mucho tiempo con esa admirable judía?

—Casi dos horas. Y si me conmovió su belleza, también me impresionó su inteligencia y su discreción.

—Sin duda le hablarías de su secta religiosa.

—Naturalmente. Eutiques, mi antiguo criado, le había dicho que yo deseaba visitar su casa para instruirme en su religión. Así es que debí hablarle de ella.

—Luego ella te cree ansioso de ser cristiano.

—No; ella ha leído la mentira en mis ojos y se sonrió ante mis embustes con amable indulgencia. Su padre y ella me hablaron con gran calor del fundador de su secta, quien, según dicen, ha muerto y resucitado. Con mucha instancia me han invitado a la recepción que le harán a su jefe, el mismo anciano pequeñín y narigudo a quien escuchamos la otra vez.

—¡Ah, sí! Bien lo recuerdo. ¿Y piensas ir?

—Claro está. Ese anciano se llama Saule y él también me interesa, porque es una especie de maestro espiritual de Aídee.

—Iré yo también; pero temo, ¡oh, filósofo! que estés perdiendo el juicio, lo cual es contrario a la filosofía.

—No sé qué pensar. Yo nunca he sido apasionado por las mujeres. Hasta me parecían indignas de nuestra amistad, porque creía como Platón, que carecen de inteligencia; pero Aídee está formada, como te he dicho, en un molde distinto.

—No puedo creer que una hebrea, que vive entre pescadores, tenga más cultura mental que nuestras patricias, que son incapaces de entender a Pitágoras.

—¡Ah! tú no sabes. Es que esa es una secta de sabios, que trabajan con sus manos. Viven todos juntos, y eso es quizá la causa de que se instruyan tanto. No se preocupan de la política, ni de los placeres, ni de atesorar riquezas, sino sólo de estudiar los arcanos de la vida y el objeto de la existencia.

—¡Cuán melancólicos deben ser entonces! Tú mismo me has dicho que el estudio te ha vuelto triste.

—Y es así; pero entre los cristianos no sucede lo mismo. Ellos son alegres, tranquilos, expansivos. Yo estudio buscando solitaria una verdad que no encuentro, mientras que ellos examinan la verdad conocida sólo para profundizarla y vivirla. Además, tienen, la dulzura del amor que los une, el atractivo de sus cánticos, la seguridad de ir a gozar de una felicidad futura, el desprecio de la muerte y mil cosas que aun no conozco pero cuya belleza he podido adivinar en mis breves visitas. Sobre todo Aídee, es alegre como una alueluya.

Mientras Diomedes abría la boca sin comprender esas revelaciones, el filósofo se sumergió en las silenciosas cavilaciones que le sugería la extraña alegría de los cristianos y que contrastaba tanto con la melancolía de su carácter. Como casi a todos los sabios paganos de elevado espíritu, le entristecía la vida porque aunque era rico veía en torno suyo el sufrimiento humano como un lunar y un enigma que turbaba la armonía física del universo. El deseo de hallar explicación para esa incógnita del dolor inmerecido fué uno de los estímulos que lo indujeron al estudio. La opulencia de su casa le permitió desde joven consagrarse a investigar la verdad, sin tener que preocuparse de las necesidades económicas. Su temperamento equilibrado y la natural delicadeza de su alma, protegida por el estudio lo alejaron de las borrascas juveniles del amor y hasta extinguieron en él el deseo de gloria tan común en los atenienses. A los treinta años había acumulado una ciencia asombrosa de que pocas veces hacía ostentación. Enamorado tan sólo de los libros, buscaba el placer austero de la meditación, y no solía tener más recreo que expresar en las notas serenas y dulces de

la flauta y del cistro las vagas melancolías de su alma.

—¡Mentiras! ¡Ilusiones! — le contestó Diomedes — no hay más alegría que la que da el placer, y como el placer se compra, sólo el dinero nos da la dicha, y puesto que no hay esperanza de gozar en otra vida, debemos aprovechar esta.

—Caminamos en vías divergentes; pero tú piensa lo que quieras, no tengo interés en convencerte. ¡Ah! se me olvidaba decirte que los cristianos son muy aficionados al trabajo y quizá eso los entretiene y alegra. Nosotros los ricos nos avergonzamos de trabajar, y la ociosidad nos aburre.

—¿También trabaja Aídee?

—Continuamente. Siempre que voy la encuentro pintando, barriendo, catequizando, cocinando. Todo lo hace, pero las más bajas faenas la poetiza con su gracia y con su elevado lenguaje.

—Vaya que estás loco de remate. Me voy a echarle un vistazo al Circo.

Diciendo esas palabras, salió el fatuo y holgazán Diomedes a cumplir su diurno programa de pasatiempos.

CAPITULO XXI

Como lo había prometido, Hioroteo se dirigió después al barrio de los judíos para escuchar a Saulo, cuando supo que éste iba a llegar de Efeso, acompañado de Rubrio. La curiosidad de conocer mejor a los cristianos se mezclaba en el filósofo con el deseo de acercarse a Aídee y de conversar con ella. Diomedes iba con él y ya cerca de la Sinagoga se encontraron con Ascassem. Luego hallaron al agitador hebreo, quien venía arrastrado por la multitud que lo llevaba a remolque entre gritos y tumultos. Hioroteo encontró a Aídee del brazo de Rubrio, con quien habló después. Este fuerte, recio y probo romano, elogió con entusiasmo al apóstol y le prometió al filósofo que se lo presentaría. La agitación de la multitud les impidió hablar y tuvieron que separarse. Saulo nunca se molestaba por esos atropellos y exigencias de la chusma. A veces en esas ocasiones los idólatras conducían también sus enfermos ante él y le saludaban llamándolo demiurgo.

Como aquel era el barrio del mercado, en que habitaba la población cosmopolita y proletaria, ávida siempre de espectáculos, el agitador se vió rodeado de una muchedumbre desarrapada, en que se mezclaban marineros de Naos, mercaderes, de Corintio, vendedores ambulantes, artistas vagabundos de los circos, fornidos campeones de la carrera y del músculo. Entre esa escoria social veíanse a veces las amplias túnicas de los funcionarios, los yelmos de los soldados, los

manipulos de seda de los sacerdotes de Isis y hasta el velo trasparente de alguna cortesana atraída por la curiosidad. Algunos ya tenían noticia de quien era el apóstol y lo seguían con deseos de escucharlo prefiriendo esa diversión al espectáculo de los circos y palestras. Pero la predicación de Saulo tenía la particularidad de ser escuchada especialmente por esclavos y proletarios que por su pobreza o sus harapos rara vez tenían acceso a las agoras, escuelas y academias. Así fué que apenas lo reconoció el populacho, corrió detrás de él ansioso de escucharlo y de presenciar sus milagrosas curaciones. Los teatros de la tarde se habían cerrado y vomitaban en aquel momento sus oleadas de vagos elegantes, de adulescentes efebos, de bufones y lacayos, los cuales se unían a los trabajadores que venían del puerto y a los esclavos. Toda esa multitud se había sobrepuesto a los cristianos y gritaba con grosera impertinencia:

- ¡Que hable el judío!
- ¡Que diserte el filósofo!
- ¿Quién es él?
- El pequeño, el de la nariz corva.
- Cállate, insolente; respeta a los sabios.
- Bueno que hable, pero en griego.
- ¡No en sirio!
- ¡En hebreo que es la lengua de Dios! — dijo un judaizante.

Estas imprudentes exigencias no incomodaban a Saulo, cuya sonora voz se destacó sobre el murmullo de la multitud.

— Os agradezco conmovido — les dijo, como si sólo hablara a cristianos, — el interés que manifestáis en oírme. Y yo no puedo negarme, porque muchos de vosotros sois mis hijos, a quienes he engendrado en la fe. Por eso os saludo, ¡oh, mis queridos antioqueños! célebres ya en muchas regiones por haber sido elegidos para que en vosotros prelude el Enviado su conquista gloriosa de los pueblos gentiles. Sois las primicias cristianas del paganismo, los primogénitos de Dios entre los idólatras. ¡Ya véis qué hermoso privilegio! Hubiera deseado que os hablara Pedro, cuya sabiduría celestial ha sido recogida por él mismo de los labios del Profeta, o que escuchárais a mi dulce socio Bernabé; pero no ha sido posible. Y ¿por qué negarlo? Yo también ardía en deseos de hablarlos. Perdonadme si me envanezco de vuestro amor y de vuestra fe. Mas si me glorio de eso es porque en mi debilidad resplandece más evidente la acción del Enviado que ha dado eficacia a mi palabra. Para que se transparente su divino influjo es que El ha querido que yo, el extranjero inculto os anuncie la verdad que salva al mundo; que yo, con mi dialecto bárbaro, sea la antorcha espiritual

de los pueblos más sabios, poderosos e ilustres; que yo, el despiadado cómplice de la muerte de Esteban, os anuncie la religión de la caridad; que yo, el pobre tejedor de redes, señale las limitaciones al derecho de propiedad y condene las rapiñas de la riqueza, anatematico los falsos derechos de la usura y los privilegios sociales de los capitalistas. Para que brille en mi debilidad la fuerza de Cristo, es que El ha querido que yo, el tímido, el pequeño, el vacilante, el enfermo, derribe con mis inquietudes y mis dolores, el poder formidable de las tinieblas al que habéis honrado con el nombre de dioses incestuosos y adúlteros.

— Bien por el viejo — dijo Hioroteo. — No tiene pelos en la lengua; he ahí un párrafo elocuente que no sonaría mal en el Areópago.

Y era la verdad. No sólo a Hioroteo, espíritu cultivado en todos los conocimientos humanos y aficionado a las meditaciones graves que fastidian a la multitud, sino también a los frívolos griegos enamorados de la forma les agradó sobremanera la clara elocuencia de Saulo.

— Habla bien — observó Diomedes, — pero ha ultrajado a los dioses.

— Y eso es lo que más me gusta — afirmó el filósofo, — hay que sacudir puñados de verdades sobre esas turbas envilecidas.

— ¡Bah! ¿Y tú llamas verdades a esos dislates?

No contestó Hioroteo porque se levantó un vocerío de comerciantes, estatuarios, fabricantes de medallas, talismanes y amuletos, junto con los empleados de los templos, que defendían a los dioses y lucraban con la superstición.

— Nuestros dioses son sagrados, — gritaba uno.

— Son quimeras y embustes — gritaba un cristiano.

— Silencio, extranjeros, — vociferó un sirio, — ya tenemos aquí bastantes supersticiones, no necesitamos las de afuera.

— Somos tan antioqueños como ustedes. Pero mayores fueron las protestas cuando el apóstol combatió la esclavitud, declarando que ella era opuesta a la perfección cristiana, que los esclavos eran iguales a los amos ante Dios y que todo siervo debía procurar salir de su miserable estado. Los amos, los mercaderes, y los ricos gritaron que Saulo predicaba la emancipación de Espartaco, y trastornaba la sociedad entera, pero el gran tribuno prosiguió hablando con mayor elocuencia porque las interrupciones lo enardecían. Su voz poderosa tenía diversos y sonoros registros. Jamás fatigaba al auditorio; porque su estilo variaba sin

asar haciéndose sucesivamente tierno, sarcástico, dulce, delicado, burlón o patético. Se interrumpía, se interrogaba, dialogaba, se repetía y se indignaba, pero lleno siempre de sinceridad y de entusiasmo. Sobre todo se emocionaban oyéndole los esclavos, en cuyo infierno ponía Saulo un poco de luz y un poco de cielo, y los pobres, en cuya servidumbre económica ponía el apóstol la aurora de las reivindicaciones sociales, porque de sus labios brotaba el espíritu de igualdad y de libertad, que condenaba las castas, y los privilegios, las distinciones inicuas que la naturaleza no ha creado entre los hombres.

Después de hablar durante dos horas, distribuyó limosnas y se despidió de la multitud. Aíde y Rubrio se le acercaron entonces invitándolo a hospedarse en su casa, a lo que accedió el agitador. Entonces Rubrio presentó Hioroteo a Saulo, atendiendo a una recomendación de su hija. Y mientras la multitud se dispersaba en corrillos, el apóstol y el filósofo, sostenían animada conversación, a la vez que se encaminaban a la casa de Rubrio.

Artemio, que había escuchado la predicación de Saulo, siguió detrás de él procurando oír lo que le decía al filósofo, pero como no lograra su objeto, se separó de ellos dirigiéndose a la alegre avenida de los Plátanos. Allí se detuvo frente a un Baco moiletudo, coronado de pámpanos, que levantaba sus cráteras desbordantes de vino.

—Si no eres dios, mereces serlo — dijo a la estatua, — porque la alegría que pones en el vino es la única dulzura de los viejos; tú solo nos compadeces, por ti rejuvenecemos y por un momento olvidamos la miseria de nuestra vida.

CAPITULO XXII

En Jerusalem, el enérgico aventurero Ben-Gioras proseguía el desarrollo de su plan. Cuando él se retiró, después de su conferencia con Caifás, este sacerdote se quedó cavilando sobre la proposición de Agripa que lo excitaba a guardar en su casa los ornamentos sagrados. Y aunque ya estaba comprometido a secuestrar esas joyas litúrgicas, le sobrevinieron temores y sospechas. Para salir de dudas resolvió ir a consultar a su suegro Anás. Con ese objeto se dirigió a Sebaste sobre un asno finísimo de los que se llamaban onagros. Halló al Ex-Pontífice paraltico en un sillón portátil, rodeado de vasos de cerámica egipcia, llenos de líquidos medicinales. Como siempre, el horrible viejo estaba malhumorado y cavilando en las mudanzas de carácter que advertía en su nieta. Como todos los viejos enfermos y poco piadosos, sólo pensaba

en sí mismo y creía legítimo sacrificar a su nieta obligándola a estar siempre cerca de sus hediondas llagas.

De allí el sobresalto con que observaba la inquietud nueva de su nieta, sus distracciones, sus suspiros y sus miradas vagas que revelaban una idea fija. Sus sospechas no eran vanas; pues en ese momento Elisabeth sentada como solía hacerlo, sobre un peñón de basalto, detrás de su casa, tenía en la mente la gallarda imagen de Ben-Gioras. ¿Quién era él? ¿Era judío o extranjero? ¿Quién sabe? Lo cierto es que era muy guapo. Y recordaba la insidiosa pregunta de su vieja criada: “¿No te disgustaría para esposo?” Claro que no — se contestaba a solas la doncella. Y al pensar en sus mejillas se teñían de púrpura y se agitada su seno virginal. Con estos pensamientos se entretenía la inocente doncella cantavada inconscientemente por el poderoso ascendiente físico de Ben-Gioras, que ni siquiera la conocía. Y como estaba sola en aquella campiña, rara vez visitada por pastores, Elisabeth se había quitado el velo con que siempre ocultan las doncellas hebreas su semblante; de modo que se hubiera podido apreciar entonces la belleza de sus líneas y la rosada frescura de su piel, que las rosas habrían envidiado. En ese momento miraba sin ver las líneas verdes de los olivos y los pasos discretos de las cigüeñas en los oscuros campos de sésamo y exclamó:

—¡Ah! Si lo volviera a ver siquiera una sola vez; si pudiera escuchar su voz... ella debe ser dulcísima... qué hermosa debe ser su alma... ¿Será pagano? Acaso no lo sea. Sería lástima. Pero ¿qué hago? Me olvidé de que debo olvidarlo.

Y enmudeció largo rato contemplando las grises superficies de la montaña. De pronto sonó el cuerno con que Anás llamaba a su nieta y ella suspendió su monólogo. La imagen de Ben-Gioras se apartó por un instante de su mente y corrió al lado de su abuelo.

—¿Cómo tardas tanto? — gruñó el octogenario. — Aun no me has cambiado estas vendas.

—¡Ah! ¡Es verdad! — dijo Elisabeth y corrió a traer unas tiras de tela, con las que iba a sustituir las sucias vendas del paraltico.

—¿No te lo he dicho? — le dijo cuando volvió la doncella, — tú piensas en alguien.

—¿Otra vez con el tema? — contestó ella con un ligero gesto de impaciencia. — ¿Es que no puedo tener un olvido?

—Es que no es solamente un olvido — le dijo Anás, levantando su nariz de ave de rapaña. — Tú estás siempre distraída, siempre pensativa; eres muy otra de la que eras antes. ¿Por qué me ocultas lo que te pasa?

—Pero si nada me pasa—dijo ella apartando del óvalo de su rostro los cabellos castaños, matizados de oro que le servían de marco.

—¿Y por qué tardas tanto en volver de la cocina? ¡Ah! Ya comprendo; mi presencia te fastidia; no digas que no.

—No abuelo, no es eso.

—Sí; sé franca; no mientas; tú quieres ver a jóvenes hermosos y no a viejos enfermos. Noto también que enflaqueces, ¿por qué es eso?

—Quizá porque no duermo.

—¿Y por qué no duermes? — preguntó el viejo fijando en ella su mirada implacable.

—Porque todo me desvela: la brisa que pasa, el grito del buho.

—¡Ah! Eso es; el grito del buho; pero de un buho sin plumas.

—¡Oh, no! — exclamó la doncella con el carmín de la sangre brotándole en las mejillas. Y no pudiendo hablar cayó de rodillas estallando en sollozos.

Anás, insensible como las piedras, parecía complacerse viéndola gemir.

—Sí, hija mía — dijo, — hablemos claro; aunque me ves casi muerto, nada se me escapa; ya sé de que pie cojeas.

—Le aseguro...

—Calla; ya sabes que mientras yo esté vivo tú no puedes tener esposo; cuando yo muera tu padre te elegirá un marido entre los hijos de los sacerdotes; así, pues, desecha esos pensamientos que te distraen, no sea que me vayas a matar antes de tiempo. Yo no puedo estar solo, porque me espanta la soledad; cuando tú te vas, me parece oír maldiciones. ¡Oh! tú no sabes cuánto sufro; quisiera morir, pero temo al juicio de Jehová. ¿Pero por qué bajas los ojos? Parece que yo te causo miedo. ¿Así cumples tus deberes? ¡Ah! no me obligues a saludarte.

Y el anciano, que por la menor causa montaba en cólera, lanzó sobre la joven duras miradas, que emergían de sus ojos hundidos como fósforescencias que salieran de un sepulcro. Largamente la observó con agrio semblante, y de pronto exclamó:

—Vete. El día que yo sepa de cierto que amas a alguien, te lanzaré mi maldición.

Y aquella amenaza, que era terrible viniendo de un ex-Pontífice, infundió a la niña tal terror que salió lívida y convulsionada. Desde aquel momento procuró alejar de su mente la imagen de Ben-Gioras, a quien había visto en el palacio de su padre. Cuando se retiró a su cámara, dos lágrimas, que rodaron lentamente por sus mejillas, expresaron el íntimo adiós que ella daba a sus ilusiones de amor. Su juvenil concien-

cia le prohibía consentir el menor recuerdo de aquella dulce imagen; pero a despecho de su voluntad ella revoloteaba obstinadamente en su mente como una alucinación. Pocos momentos después llegaba Caifás cabalgando en su onagro.

Después de los saludos y preguntas sobre la salud, dijo Caifás a su suegro:

—Vengo a consultarte sobre un asunto gravísimo.

—Habla — le dijo el paralítico, y en su pálido rostro de cadáver brillaron sus ojos llenos de sangre con un fulgor de vida en que se reflejaba aun la energía de su alma.

Caifás le expuso en voz baja el plan que Ben-Gioras le había propuesto en nombre de Agripa.

—¡Nunca! — contestó el anciano alarmado.

—¿Prefieres, pues, que roben esas joyas los bandidos?

—No puedo aconsejar a mi yerno que se exponga a ser sorprendido como ladrón.

—Pero, considera que no debemos disgustar a Agripa; recuerda que él es la única esperanza del Sanedrín. Nos conviene, pues, que él sea pronto nuestro rey.

—Es verdad — dijo Anás rascándose la barba con el único brazo sano que le quedaba. — no nos conviene disgustarlo porque él es la única esperanza que tenemos para exterminar a los cristianos.

—Eso es lo que yo he pensado.

—¿Siguen haciendo prosélitos esos fanáticos?

—¡Maravillosamente! No tienes una idea de la audacia con que atacan a las Escrituras y del descrédito en que nos están dejando a los sacerdotes judíos.

—¿Hasta dónde han llegado esos perros?

—Ya están cerca de Grecia; pero su verdadero centro es Antioquía.

—¡En la opulenta capital de Siria! ¿Quién lo creyera! En una ciudad de filósofos; no es posible.

—Así nos lo ha asegurado Artemio.

—Y ¿cómo te explicas tú ese progreso?

—En Antioquía se explica por la misma corrupción e incredulidad de sus habitantes. El pueblo que sufre tiene hambre de fe, quiere oír voces que lo consuelen de su pobreza, y los cristianos le dan esos consuelos.

—¡Ah, canallas! ¿Quién les habrá enseñado tan refinada política? ¿No eran unos ignorantes pescadores?

—Es que ahora han entrado entre ellos hombres más hábiles.

—Pero nosotros los sacerdotes también le damos al pueblo ejemplos y motivos de fe. ¿Qué doctrina pueden enseñar los cristianos tan sublime como la que contienen

nuestras Escrituras reveladas por Dios mismo a los Profetas?

—Ninguna.

Los dos sacerdotes quedaron pensativos y callados porque en ese momento entró Elisabeth con una ánfora etrusca, llena de agua olorosa y con el paño para enjuagarse.

Con los ojos bajos arrodillóse ante su padre y comenzó a practicar las abluciones rituales, según lo establecía la urbanidad hebrea, que mandaba lavar los pies a los visitantes, porque solían traerlos calurosos después de caminar por el accidentado y polvoriento suelo de Palestina. Luego que cumplió su tarea y se hubo retirado, prosiguió diciendo Caifás:

—¿Sabes por qué razón el pueblo escucha a los cristianos y se hace sordo a nuestras enseñanzas?

—¿Por qué?

—Pues — dijo el sacerdote bajando la voz, — porque los sacerdotes judíos somos odiados.

—Sí; por culpa de los cristianos, por sus calumnias; ¿de qué pueden tacharnos con razón?

—De muchas cosas, de nuestra avaricia...

—Ella es necesaria para que podamos vivir con dignidad y darle esplendor al culto.

—De nuestro aislamiento...

—Tenemos que estar separados de los paganos, porque somos el pueblo escogido.

—De nuestros escrúpulos formalistas.

—Las fórmulas son fáciles de cumplir, mientras de los preceptos de virtud son difíciles. Si exigimos que todos cumplan los preceptos, muchos dejarán la religión mosaica y nos quedaríamos sin fieles.

—Además, dicen que los nazarenos se presentan más abiertos, más cosmopolitas, más bondadosos.

—Sí, ya lo sé; es otra de sus habilidades políticas para atraerse neófitos. No hacen distinciones entre clases, ni naciones, ni razas. Pero esa es una invención de Saulo; me lo dijiste tú mismo. ¿Cómo has dejado vivir a ese intrigante? ¡Ah! si esta maldita enfermedad no me postrara, ya hubiera yo cortado las alas a ese sujeto. El es más peligroso que todos.

—Sin duda alguna. Y si vieras qué estatura tiene. No me llega ni al pecho. Es casi un enano. Pero aseguran que tiene tal verbosidad y ardor para hablar que fascina a las gentes. Yo creo que es un gran ambicioso.

—No hará gran cosa con sus legiones de pobres.

—Es que también le escuchan las mujeres de la aristocracia siria, porque predica la igualdad de derechos entre los dos sexos. Por eso ellas le dan recursos para su

propaganda. Es así como puede enviar cuantiosas limosnas a los cristianos de Jerusalem y hacerse popular.

—Pero tú, ¿qué haces? eres el holgazán de siempre; has debido perseguirlo, desacreditarlo, hacerlo apedrear.

—Ya más no puedo hacer. He dado orden a Ascasem y a Artemio de que lo maten. Veremos qué noticias me trae el corintio. Pero con su muerte no saldremos de dificultades. Pilatos apoya a los cristianos. Tú recordarás que él fué partidario de Jesús. Si dejó que lo condenáramos a muerte fué forzado; y ya que no pudo salvarlo en vida, le ayuda a triunfar después de muerto. ¿Comprendes ahora por qué debemos complacer a Agripa? Es el nuestra única esperanza. Todos los gobernadores romanos tienen interés en apoyar a los cristianos, porque así fomentan nuestras divisiones religiosas y nos oprimen mejor.

—Es cierto — dijo Anás dando un rugido. — Pero ¿has averiguado si Agripa es verdaderamente creyente y observador de la ley?

—Segurísimo estoy de que lo es. Me consta que está muy inquieto por nuestro deplorable estado de cosas. El cree que es necesario poner pronto un dique a la desenfrenada propaganda de los nazarenos. Si se tarda más de un año sin combatirlos, el templo quedará poco menos que desierto. Por eso es que yo le he ofrecido mi dinero y todo mi apoyo a fin de que llegue al trono y podamos con su apoyo emplear el destierro, la cárcel y la persecución contra los cristianos.

—Si es así, no hay más remedio que complacerlo, guardando las joyas; pero ten mucha prudencia; mira bien dónde las pones, y apenas pase el peligro, devuélvelas al templo.

—No tengas cuidado.

Cuando Caifás se despidió para regresar a Jerusalem, apenas había una tenue claridad en el ocaso, pero ya las águilas buscaban sus nidos y la púdica noche extendía sus vagos lienzos de sombra sobre las cumbreras del levante.

CAPITULO XXIII

Hioroteo estaba cada día más enamorado de Aídec; pero su amor se distraía a veces por la turbación que le producía la compleja personalidad de Saulo. Ella era tan resuelta, tan franca y tan llena de vida interior que contrastaba con la voluntad enervada y el corazón seco de los retóricos. Le pareció al filósofo que asistía al nacimiento de una humanidad nueva, llena de juventud y de esperanza. Porque no era solamente Saulo sino también todos sus discípulos quienes parecían sentir su misma in-

tensa llama de pasión, que los hacía intrépidos y activos. Desde aquel día visitó varias veces la casa de Rubrio y tuvo largas y sabrosas conferencias con el apóstol mientras éste tejía sus redes. Entonces tuvo también oportunidad de apreciar el espíritu ágil y despejado de Aídee, que solía sentarse a los pies del apóstol para escuchar su palabra como lo había hecho antes a las plantas del Divino Profeta. Aunque Hioroteo no era un idólatra de las mujeres, porque la ciencia había absorbido todo su entusiasmo, estaba absorto ante el conjunto de bellezas morales y físicas que encerraba la hija de Rubrio. Le pareció un tipo nuevo de mujer incomparablemente superior a las más elegantes damas a quienes él solía saludar cuando pasaban tendidas con insolente indolencia, sobre sus carrozas y literas.

Al principio solían conversar largos ratos acerca de las ideas cristianas que ella propagaba con tanto entusiasmo; pero pronto cesaron esas pláticas. Aídee advirtió la intensa mirada de Hioroteo y cuando éste elogió su belleza, comenzó a evitar hallarse a solas con él. Semejante conducta tuvo intrigado al filósofo. ¿Era que ella lo desdibaja? ¿Por qué, entonces, lo miraba con tanta dulzura? ¿Por qué lo invitaba siempre a las predicaciones de Saulo? Por intuición espontánea y sin decirse nada, se habían declarado su amor; pero el pudor de Aídee, que Hioroteo no comprendía, la alejaba de su intimidad. Un día el filósofo resolvió declarar su amor a la doncella; pero en lugar de encontrarla, como solía, en el jardín de su casa, topó allí con Saulo, a quien no había vuelto a hablar desde que tuvo con él una breve conversación en la calle.

—¿Te sigue interesando mi predicación? — le preguntó el agitador hebreo.

—Mucho — dijo con énfasis Hioroteo; — yo acepto algunas de tus afirmaciones audaces que alarman a la multitud. Yo también me he dicho en secreto que los dioses son invenciones de los hombres.

—Yo más bien creo que los inventó Belcebú — afirmó el apóstol, sentándose en un banco de madera al pie de un rosal.

—¿Por qué afirmas eso? ¿No crees que los hombres hayan inventado los dioses?

—No; y menos griegos. Ese pueblo de sabios, de lógicos, de escépticos, de críticos sagaces, de artistas excelsos, que tienen ideas tan claras sobre todo, ¿cómo pueden haber inventado los dioses lúbricos, perversos, monstruosos e insensatos? No es concebible. La mitología no se explica sin la intervención del demonio.

—Pero a lo menos, algún dios debe ser verdadero — observó Hioroteo sentándose también.

—Sí; ese es el Dios Único, a quien yo adoro. — dijo tranquilamente Saulo.

—¿Cómo se llama?

—Cristo.

—¿Cristo? No conozco ese dios. Y eso que he sido curioso en saber de todo. En mis viajes he conocido todos los ritos, las plegarias, los misterios y los oráculos.

—Por lo visto tienes gran interés por las cosas religiosas y filosóficas.

—Mucho. Con decirte que he visitado los antros de Trofonio y las cavernas de Egipto. He visto las curaciones milagrosas de Epidauro y consultado el oráculo de Delfos y de Dodona. Y hasta he asistido a los misterios de Eleusis. Y de lecturas no se diga. Todo lo he devorado, desde los diálogos de Platón hasta el tratado de Anaxágoras sobre la nada, y no he encontrado ese Cristo.

—Pues yo no sé nada sino a Cristo Crucificado, a quien desde que lo encontré en el camino de Damasco lo veo en todas partes. ¡Ah! su doctrina se extiende ya por el mundo. Ahí mismo ha sido ya predicada — dijo el apóstol poniéndose bruscamente de pie y señalando la cúpula de la Agora, cuyo vasto edificio se dominaba desde el jardín.

Los dos sabios se pusieron de pie para contemplar aquella gran escuela que se extendía con sus dependencias desde el Acrópolis hasta los Pórticos, toda ella llena de clepsídras, y cuadrantes solares.

—¿Quién ha predicado aquí las doctrinas de ese Cristo? — preguntó sorprendido el ateniense.

—Los discípulos de Platón.

—¿Cómo! ¿Platón habla de ese Cristo?

—Sí; él es el enviado del cielo, el heraldo, el mensajero celestial de que ese filósofo habla.

—Es verdad — declaró sorprendido Hioroteo; — recuerdo ese admirable pasaje.

—Pues bien; ese Enviado es el Cristo a quien anunció Platón cuando dijo que un Mensajero Celestial debía venir a revelar la verdad; por eso él lo llama Logos, es decir, Palabra, usando la misma expresión con que lo nombra el apóstol Juan, que le llama Verbo.

—Admirable coincidencia—exclamó Hioroteo. — En verdad necesitamos una manifestación o palabra del cielo, que nos diga de dónde venimos, a dónde vamos, qué somos, porqué sufrimos, enigmas todos esos que los filósofos no descifran, antes bien los oscurecen con su confusión y sus contradicciones.

—Ya veo que amas la luz, como buen ateniense — dijo Saulo, mirando las rubias saetas que el sol arrojaba sobre el pórtico de Minerva. — Y tienes razón. Mira cómo la claridad embellece las cosas.

En efecto, todo aparecía brillante y como encantado bajo la lluvia de luz dorada: las *adelfas*, los capiteles de loto, los mendigos, un Neptuno de bronce que emergía de una vasta fuente montado en un delfín, la espuma del agua en que retozaban las nereidas y sirenas de mármol enlazadas de la mano; todo resplandecía en aquella claridad tibia que tanto regocijaba a las multitudes griegas que vivían en Antioquía.

—Pues bien — dijo Saulo, — dentro de un momento todas esas cosas perderán su belleza. Así la han perdido las almas en el gran eclipse de la verdad; pero en Judea brotó de nuevo la luz, luz de luz, como dice Juan, *lumen de lumen*; ese es el sol desconocido de que tienes una intuición oscura y un presentimiento vago. Yo te traigo su noción precisa y clara, pero eso necesita tiempo para explicarlo.

—Te escucharé con gusto porque, te lo confieso, comienzo a ver claro en medio de mis tinieblas.

En ese momento llegaron Rubrio, Aídee y los demás cristianos que se atropellaban para besarle a Saulo la orla del manto.

—Habéis hecho bien en invitarme, — dijo el apóstol, — vuestras atenciones son para mí un dulce refrigerio en medio de mis fatigas, un alivio para mis inquietudes; especialmente cuando veo a Aídee; porque me acuerdo de que ella escuchó al Profeta, que es el sol, la luz, el único oriente de mi vida.

—¿Lo viste en la cruz? — preguntó Hioroteo a la doncella.

—No, — contestó ella, — siempre lo vi entre amigos; a la sombra de los oliyos, en medio de los niños o de los enfermos; por eso al recordarlo siento deseos de socorrer a los pobres y a los párvulos.

—Yo, en cambio, siento el deseo de pelear por él, — dijo Rubrio con su habitual fiereza romana; — desearía conquistar la tierra para obligar a todo el mundo a doblar su rodilla ante él. ¿Hago mal en sentir eso, maestro?

—No, — contestó sonriéndose el apóstol, — siempre que conquistéis el mundo con la paciencia; Jesús influye en cada uno de nosotros según nuestra naturaleza, para impulsarnos al bien; pero no olvidéis que el cristianismo es caridad. Sin ella es falso todo apostolado. Aunque yo hablara la lengua de los ángeles, si no tengo caridad soy como un cántaro roto; y la caridad es pa-

ciente, dulce, no conoce el orgullo, no se irrita, todo lo espera y todo lo cree.

Hioroteo regresó a su casa profundamente impresionado por la predicación de Saulo. Su alma sedienta de ciencia había encontrado una novedad en las afirmaciones audaces y cálidas del apóstol, tan distinta de la estudiada y común fraseología de los retóricos. Con la comprensión súbita de las inteligencias profundas advirtió que aquel anciano era sincero, original y sin embargo sensato y práctico en sus disertaciones.

CAPÍTULO XXIV

En los días siguientes, cuando Hioroteo fué a visitar a Aídee, con el propósito de declararle su amor, la doncella tampoco lo esperó sola en el jardín. El motivo de esa esquivez era que comenzaba a sentirse perpleja, creyendo ofender a Cristo al dejar crecer en ella el amor que Hioroteo le inspiraba. Temía que el Profeta se irritara al ver interponerse en sus místicas relaciones con la doncella, la imagen humana de Hioroteo que era un pagano. Por eso se dispuso a combatir su inclinación por medio de la fuga, de la mortificación y el ayuno. Lloró de arrepentimiento por haber sentido complacencia con los elogios y las amorosas miradas del sabio ateniense. Pero después de haberse confesado con Bernabé, éste la tranquilizó diciéndole que podía hablar honestamente con Hioroteo, tratando de convertirlo y hasta amarlo como esposo si él se convertía. Sólo entonces volvió Aídee a tener discretas confidencias con el ateniense; pero nunca a solas sino en la tertulia de los cristianos, y si él la excitaba con galanteos y miradas ardientes, ella lo abandonaba. Hioroteo sufría con esa táctica. A veces se fastidiaba en aquellas tertulias, tan alegres para los demás; porque él no sentía los entusiasmos religiosos de los cristianos. Deseaba mirar a Aídee y se abstenía, pensando que a ella la ofendían sus miradas por el ardor que brillaba en sus ojos. Volvía a su casa excitado y sin saber que hacer; porque le repugnaban los libros y la charla frívola de Diomedes, los circoos y teatros bestiales, y todo el aturdimiento impuro y triste de las costumbres sirias.

Un día, arrastrado por la nostalgia de la paz cristiana, fué a casa de Aídee y la sorprendió sola en el jardín.

—Qué solitaria estás, divina Aídee — le dijo, deteniéndose cerca de ella sin osar estrechar su mano.

—Ya te he dicho que no me llames así, — dijo con acento grave, — sólo Cristo es divino.

—Perdóname. En tu presencia pierdo el juicio y sólo se me ocurren sandeces.

—No tanto como eso — observó ella, dulcificando su voz, y agregó con tristeza:

—¿Por qué no hablas de otra cosa?

Comprendió Hiorotéo que Aídee, como otras veces, rehusaba escuchar sus palabras de amor. Y eso lo contrariaba. Precisamente aquel lugar era propicio para tal lenguaje. Una dulzura inefable y una paz misteriosa flotaban en aquella soledad umbría, perfumada de silencio. Los murmullos del viento llegaban nítidos y dulces como ecos de salmos y de laudes. Esbeltas avecillas se columpiaban mansamente en las frondas y se calentaban en un rayo de sol que resplandecía sobre la efígie de Cristo, pintada por San Lucas, y colocada en un nicho.

—Mira — dijo Aídee señalando el nicho. —¿Por qué no me hablas de él? Si así lo hicieras, dirías siempre cosas bellas y discretas.

—Para mí tú eres la única cosa bella y discreta que hay en el mundo; pero perdóname, olvidaba que te ofenden mis alabanzas.

—No me ofenden; sólo que siento que admires la criatura, en vez de admirar al Creador.

—Pero si yo lo admiro. Por amor a ti, amo a tu Cristo. Reconozco que si él ha hecho una alma y un cuerpo como el tuyo, ha de ser un gran artista.

—¿Volvemos a los elogios? Esas son muy débiles razones. A Cristo debemos amarlo por él mismo y no por sus creaturas.

—Tienes razón.

—¿Por qué, entonces, no recibes el bautismo?

—Porque antes de hacerlo quiero estar plenamente convencido. ¿Y cuando yo me convierta, dejarías que te ame?

—Tal vez — dijo la doncella con una sonrisa de indecible suavidad, poniéndose encendida como una grana. Luego, como asustada, exclamó.—Vámonos de aquí. Saulo no quiere que las jóvenes estemos a solas con ningún hombre.

Y salieron del jardín.

—Con razón — dijo Eutiques, surgiendo de entre una planta de adelfas, donde había estado escondido. — Ella no me quiere porque ama a Hiorotéo. Y yo, imbécil, he sido quien lo traje aquí... Pero no, tampoco es mi antiguo amo quien se lleva ese tesoro; ella solamente ama a un judío compatriota suyo, ese de la barba rizada, cuyo retrato adorna con flores.

Decía eso Eutiques porque una mañana, en que trajeron a la casa de Rubrio un ramo de flores, Aídee las llevó al nicho del jardín y las colocó cerca del retrato de un hermosísimo varón de tipo hebreo, a quien

besó respetuosamente. Era la primer efígie de Jesús, que pintó San Lucas. Eutiques retrocedió en silencio, con la desolación en el alma. Ese día estuvo abatido, mirando todas las cosas envueltas en una atmósfera negra y tuvo una noche de insomnio y de lágrimas. ¡Pobre Eutiques! Nunca se sintió más feo como al compararse con el bellísimo retrato del que creía su rival. Al día siguiente, cuando estaba a solas con Aídee se quedó mirándola con ojos a la vez melancólicos y ardientes.

—¿Qué tienes, Eutiques? — le dijo ella, sorprendida sintiendo cierto malestar ante las extrañas miradas del moro. — ¿Por qué me miras así?

—Porque se ha desvanecido mi sueño.

—¿Qué sueño?

—El de creer que esos bellísimos ojos, esas tus líneas de estatua, habían de ser mías.

—¿Qué estás diciendo? — exclamó la joven asustada al ver el torpe deseo del moro, inadvertido hasta entonces.

—Feliz mil veces — continuó él, — quien pueda besar tus manos perfectas y tu rostro admirable.

—Calla — ordenó la doncella. — No digas esas tonterías; te prohíbo que me hables así. Y se apartó de él con un vivo sentimiento de repulsión. Todo su ser virgen se retraía ofendido y alarmado ante la inverosímil declaración del moro. Pero luego, temerosa de haberlo despreciado, le dijo con voz más suave:

—Te perdono, porque vas a ser cristiano; pero esas son palabras necias. ¿Por qué has de fijarte en mi cuerpo que ha de convertirse en polvo?... Fíjate sólo en mis palabras; ellas son reflejos del alma, que es lo único que vale en nosotros, porque es inmortal.

—Y dime una cosa — dijo el griego sin hacer caso de aquellas sabias lecciones. — ¿quién es ese a quien le llevas siempre flores?

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Y lo amas?

—¿Cómo he de amarlo? Si es por él que tú me desprecias.

—Calla. No seas injusto; precisamente es por obedecer a él por lo que yo te he tenido simpatía.

—Simpatía, simpatía — murmuró Eutiques con cólera. — No te burles de mí, tú no me quieres; nunca me has querido; si es cierto lo que dices, ¿por qué no dejabas que te beses?

—Pero Eutiques, ¿estás loco? — dijo la joven con las mejillas empurpuradas. — No